

## **5. LOS PRINCIPIOS RECURSIVO Y HOLOGRAMÁTICO: INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA DEL CAMBIO SOCIO-HISTÓRICO**

Las posibilidades de pensar el cambio socio-histórico desde una epistemología emplazante y compleja pasan por la consideración de otros dos principios de inteligibilidad –el recursivo y el hologramático-, que, como se adelantó, tienen su modelo en el análisis moriniano de la hipercomplejidad cerebral. No perdiendo nunca la óptica del isomorfismo que podemos establecer entre la actividad cerebral y el funcionamiento de los seres vivos, en general, y de las sociedades humanas, en particular, el “principio recursivo” añade a la idea de interacción concretada en el principio dialógico la perspectiva de lo retroactivo, de la circularidad retroalimentadora entre los “efectos” y las “causas”. Como acabo de decir, las propias inter-retroacciones entre las distintas regiones cerebrales son extrapolables a los procesos de construcción relacional de la realidad social a partir de las interacciones significantes, constructoras de sentido, que tienen lugar entre los individuos. Este principio, que veremos reflejado en el desarrollo de las nuevas sociologías, antropologías e historiografías fenomenológico-interpretativas –hábese, por ejemplo, del “interaccionismo simbólico” o de la “etnometodología”-, atañe, por consiguiente, a la autorreproducción y autoorganización social. Teniendo en cuenta el carácter recursivo y autorreferencial que he atribuido al construccionismo cognitivo, en el marco de la alta complejidad que define a nuestra sociedad actual, la idea de “bucle recursivo” se impone para aludir a una multiplicidad de procesos en los que los efectos son, a la vez, causantes y productores del proceso mismo, y en los que, en consecuencia, los estados finales son necesarios para la generación de los estados iniciales. De este modo, el proceso recursivo es un proceso que se produce/reproduce a sí mismo, evidentemente a condición de ser alimentado por una fuente, una reserva o un flujo exterior» [Morin, 1994]. Ya veremos cuáles son estos en el marco de la reproducción estabilizadora del nuevo “des-orden” social informacional.

También el “principio hologramático” -coherente con las figuras fractales-, encontrando su modelo en el terreno de la óptica<sup>224</sup>, es objeto, por parte de Morin, de un aplicación en los ámbitos de la organización compleja de lo biológico, de lo cerebral, y - esto es lo más importante para este trabajo- de lo socio-antropológico. Apuntando hacia su consideración como principio cosmológico fundamental, esta autor define este principio desde el siguiente esquema: «*el todo está en cierto modo incluido (engramado) en la parte que está incluida en el todo*» [Morin, 1994: 113]. Holográficamente, la singularidad y relativa autonomía de las partes impide la observación de éstas como meros fragmentos aislables de ese todo. No siendo, en sí mismos, puros y simples elementos, estas partes son, paralelamente, «micro-todo virtuales» [Morin, 1994: 113]<sup>225</sup>. De forma esquemática, para nuestro autor, la riqueza de este principio estriba en: 1. La compatibilidad entre el carácter singular y original de las partes y su conservación de las características generales y genéricas de la organización del todo al que pertenecen. 2. La relativa autonomía de que pueden gozar las partes. 3. La posibilidad de relaciones comunicacionales y de intercambios organizadores entre las partes. 4. La capacidad eventual de las partes para regenerar, de manera autoorganizadora, el todo.

En su referencia a distintos niveles de gestión de la complejidad, estos principios representan, en realidad, la concreción epistemológica de la irrupción progresiva de la idea del caos en todos los terrenos de la ciencia. Como señala Jesús Ibáñez, «los caminos del orden van siendo sustituidos por los caminos del caos. Los primeros nos encierran en un espacio cerrado: están trazados de una vez por todas. Los caminos del caos nos abren a un espacio abierto: se hacen al andar» [Ibáñez, 1993: 20]. El mismo autor sugiere que hemos de situar el origen de esta preocupación científica por el caos en la subversión matemática representada tanto por la ruptura de las continuidades operada en la “teoría de catástrofes”

---

<sup>224</sup> La holografía es una técnica fotográfica apoyada en el uso de la luz coherente producida por el láser. La proyección al espacio en tres dimensiones del objeto holográfico parte de la impresión en la placa fotográfica de las interferencias causadas por la luz reflejada de un objeto con la luz indirecta, y de la iluminación, tras su revelado, de aquélla con la luz del láser. Por lo que respecta a los fractales, cuyos estudios matemáticos se iniciaron en el siglo XIX por K. Weierstrass y G. Cantor, se trata de figuras o curvas autosimilares. En éstas cualquier porción presenta la misma pauta de variación con independencia de la escala de observación. Para una aproximación a la teoría de los objetos fractales, al desarrollo de la dinámica no lineal, y, en general, al estudio del comportamiento caótico de la naturaleza, se puede consultar Mandelbrot, 1997.

<sup>225</sup> Biológicamente, como indica Fernández Buey, nuestros organismos cumplen este principio holográfico en cuanto cada una de sus células engloban la información genética del conjunto que conforman [Fernández Buey, 1991: 108]. La noción de “microfísica del poder” de Michel Foucault y de “bases sociales” que utilizaré en el análisis comprensivo-interpretativo de la “sociedad de la información” serán una buena oportunidad para comprobar la adecuación de dicho principio a nuestra actual experiencia social.

de René Thom, como por cuestionamiento de la derivabilidad a través del estudio de los objetos fractales por parte de investigadores como el citado Benoit Mandelbrot. La “teoría de catástrofes” parte del intento de conciliación de las tradiciones científicas representadas por Galileo y Aristóteles. Es la mediación entre lo cuantitativo y lo cualitativo, lo sensible y lo inteligible, la ciencia y la conciencia, lo que conforma el auténtico reto de esta teoría. Tratando de aclarar procesos de carácter cualitativo que el análisis matemático es incapaz de explicar, «la teoría de las catástrofes se presenta bajo la forma de un catálogo lo más completo posible que aspira a describir situaciones en las que se pasa de lo inestable a lo estable [Sorman, 1991: 52].

Provieniendo de la experiencia de las rupturas y discontinuidades que se dan en comportamientos y evolución de los seres vivos, Thom pretenderá establecer, en definitiva, un modelo de integración del desorden de la discontinuidad en el orden de la continuidad. Lejos de poseer una connotación negativa, el concepto de catástrofe, en su plasmación matemática, viene, pues, a expresar el carácter discontinuo del cambio generado por los procesos evolutivos analizados. Dos son, pues, los conceptos fundamentales en torno a los cuales gira la idea de la catástrofe. Por un lado, el de estabilidad o equilibrio, referido al mantenimiento de las condiciones específicas de un sistema al margen de los cambios cuantitativos que puedan afectarlo. Por otro, el de discontinuidad o cambio cualitativo, que supone la transformación radical del sistema en una nueva realidad [Thom, 1990]. Por tanto, la catástrofe, admitiéndose la bifurcación de las trayectorias reales que se presentan en todo proceso, no representa otra cosa que el salto brusco entre una situación de equilibrio a otro. Es decir, la teoría de catástrofes está siempre sujeta a la perspectiva de la estabilidad. De ahí que, frente al carácter revolucionario que atribuye a la teoría de los fractales, Ibáñez incida en el carácter “reformista” de aquella: «la teoría de catástrofes es reformista: las catástrofes acaban tomando forma. En la teoría de la forma hay pregnancia de la buena forma, todas las desviaciones retornan a la buena forma. En la teoría de catástrofes se salta de una buena forma a otra buena forma: por eso es reformista: la forma del bien se reforma» [Ibáñez, 1993: 22]<sup>226</sup>.

---

<sup>226</sup> En cuanto a la naturaleza revolucionaria de la teoría de los objetos fractales, Ibáñez advierte que en ella «se habla de objetos, no de figuras, desaparece la distancia entre el objeto y su figura (ninguna figuración comprimirá o reprimirá el objeto). Las consecuencias de la revolución fractal son considerables. Termina la complicidad de la matemática con los que mandan. Un espacio fractal es un espacio liso: isotrópico, todas las direcciones y sentidos son practicables. Un espacio puede ser liso o estriado –anisotrópico-. Las redes de comunicación, no para comunicar sino para impedir la comunicación en otras direcciones o en otros sentidos, estrían los espacios» [Ibáñez, 1993: 22]. Como sugiere Ibáñez, el concepto de fractal enlaza

### 5.1. Aproximación general al enfoque sistémico-cibernético

Es, por consiguiente, esta vinculación de los principios recursivo y holográfico con la teoría del caos la que parece aconsejar su tratamiento conjunto en relación con el enfoque sistémico. Remontándose su origen a la formulación de la llamada “Teoría General de Sistemas” por parte de Ludwig von Bertalanffy, dicho enfoque, es coherente, a su vez, con el modelo cibernético -cuyos primeros desarrollos corresponden a Norbert Wiener-, así como con conceptos como el de “estructuras disipativas”, debido a Ilya Prigogine. Superando las causalidades lineales en favor de la recursividad circular, y siendo congruente con el citado isomorfismo interdisciplinar entre lo biológico y lo social, el enfoque sistémico representa, fundamentalmente, una alternativa al modelo mecánico prevaleciente en la ciencia clásica. Frente al tratamiento del objeto como simplicidad organizada y al principio de inferencia analítico-deductivo que definen el modelo mecánico, lo sistémico, como acabo de señalar, alude a una experiencia de la realidad en términos de complejidad organizada, lo que atiende metodológicamente a un tipo de inferencia holístico-descriptiva y multicausal [Ceberio y Watzlawick, 1998]. Así, la noción nuclear de “sistema” designará, dentro de la diversidad de escalas de observación que pueden ser consideradas, un complejo de elementos en continua interacción. Para Bertalanffy la teoría general de sistemas, en relación con el problema de la complejidad, era una respuesta adecuada a la tendencia general de integración de las ciencias naturales y sociales. Un intento, pues, de cumplir el nuevo ideal unificador de la ciencia en el marco de la “nueva alianza”. Pero, principalmente, esta teoría intentaba ser un instrumento útil para la renovación en el terreno de las ciencias no físicas. De ahí, la distinción que propondrá entre los “sistemas cerrados”, propios de la física, y los “sistemas abiertos” constitutivos de los organismos vivientes en tanto sujetos a una continua incorporación y eliminación de materias dirigidas a la búsqueda de un estado uniforme [Bertalanffy, 1989]. Y, de ahí, también, la importancia que en esta teoría cobran, lejos de considerar a los organismos como conglomerados de elementos aislados, los términos “organización” e “integración”<sup>227</sup>.

---

perfectamente con la reivindicación “rizomática” de lo múltiple por parte de Deleuze y Guattari. Un acercamiento a los principios de conexión y de heterogeneidad, de multiplicidad, de ruptura asignificante, y de cartografía y de calcomanía, que define este tipo de pensamiento postmodernista, puede hacerse en Deleuze y Guattari, 2000]. Obviamente, tendré que aludir a ello en otra oportunidad.

<sup>227</sup> Una buena definición de sistema nos la proporcionan Hall y Fajen al describirlo como « “un conjunto de objetos así como de relaciones entre los objetos y entre sus atributos”, en el que los *objetos* son los

El carácter de “totalidad” que distingue a los sistemas abiertos impide aplicar el principio sumatorio en que se asentaba la concepción mecanicista del universo. Decir que los sistemas no son el resultado de la suma de sus partes significa, pues, aceptar que cualquier alteración en una de ellas afectará inmediatamente tanto al resto de las partes como a la totalidad. Es ahí, donde se concreta mejor la naturaleza relacional de los sistemas. Éstos son conjuntos dinámicos de elementos que evolucionan en bloque. Ya lo habíamos adelantado en la definición del paradigma de la complejidad, los sistemas son algo más que la reunión de las propiedades de los objetos que los conforman. Es por ello que siempre habrá que estar atentos a «la *cualidad emergente* que surge de la interrelación de dos o más elementos» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 121]. En consecuencia, en el estudio de los sistemas no nos preocupará estudiar tanto sus elementos constitutivos, sino las relaciones establecidas entre los mismos, esto es, su organización. Una organización circular y continuamente automodificadora que remite a otro rasgo distintivo de los sistemas: la “equifinalidad”. El paradigma mecánico se apoya en una relación directa lineal de causa y efecto entre las condiciones iniciales de un proceso y su estado final. El enfoque sistémico-cibernético, por el contrario, parte de que los resultados de un proceso no están determinados por las condiciones iniciales. Esto entraña la posibilidad, tanto de que idénticos resultados correspondan a orígenes distintos, como de que se produzcan resultados diferentes desde orígenes similares<sup>228</sup>.

En tanto forma de pensar, y considerando siempre su naturaleza específicamente comunicacional, el enfoque sistémico pone en juego, pues, el entrecruzamiento dinámico

---

componentes o partes del sistema, los *atributos* son las propiedades de los objetos y las *relaciones* “mantienen unido al sistema” ». Citado en [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 117]. Hay que destacar que dichos atributos son identificados aquí con las conductas comunicacionales de los componentes individuales del sistema, con lo que el término “relación” incide precisamente en el aspecto conativo, esto es, relacional de la comunicación humana: «así, los sistemas interaccionales serán *dos o más comunicantes en el proceso, o en el nivel, de definir la naturaleza de su relación*» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 118].

<sup>228</sup> En resumen, en los sistemas abiertos «las características organizativas del sistema pueden incluso hacer que se llegue al caso extremo de independencia total con respecto a las condiciones iniciales: *el sistema constituye entonces su mejor explicación*, y el estudio de su organización actual es la metodología adecuada» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 123]. Quizá, donde mejor quede reflejado el alcance indeterminista de este término sea en el concepto de “estructuras disipativas”. En el contexto del estudio de los procesos irreversibles en la evolución de los seres vivos y de la termodinámica de los seres complejos, Ilya Prigogine acuñó este concepto para aludir a la autoorganización espontánea de los sistemas de no-equilibrio. La irreversibilidad temporal se convierte, así, en fuente productora de orden y organización. Desde la consideración del segundo principio de la termodinámica, referido a la impredecibilidad del estado futuro de los sistemas complejos, la noción de “estructura disipativa” expresa «posibilidad de estados múltiples y en consecuencia historicidad de las elecciones adoptadas por los sistemas» [Prigogine, 1998: 32].

de tendencias opuestas, que remiten tanto a la amplificación de los desórdenes y desviaciones desarrolladas al interior de esos sistemas como, también, al desarrollo de las aptitudes organizadoras y reductoras de dichos niveles crecientes de complejidad. Es necesario insistir en que, en tanto ese creciente nivel de complejidad constituye la condición de posibilidad de los distintos sistemas, su horizonte final es su autorregulación, su estabilización, dentro de unos márgenes tolerables de desviación. Será el concepto de “feed-back”, o “retroalimentación”, el que, desde su origen cibernético, es decir, en el marco de la teoría de la información, servirá, de la mano de investigadores como Norbert Wiener, para describir esos procesos de tensión regularizadora de los sistemas. Y ello, en respuesta al determinismo lineal concretado en el modelo formal de Shannon: «una cadena en la que el hecho *a* afecta al hecho *b*, y *b* afecta luego a *c* y *c* a su vez trae consigo a *d*, etc., tendría las propiedades de un sistema lineal determinista. Sin embargo, si *d* lleva nuevamente a *a*, el sistema es circular y funciona de modo totalmente distinto. Exhibe una conducta que es esencialmente análoga a la de los fenómenos que han desafiado al análisis en términos de un determinismo lineal estricto» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 31-32]<sup>229</sup>. Ligado, pues, a la noción de “entropía” como medida del grado de desorganización de los sistemas, la retroalimentación conforma, pues, un mecanismo auto-corrector que, en el marco de las interacciones producidas dentro de los sistemas, permite el aprovechamiento de los efectos o resultados de una acción determinada cara a un mejor cumplimiento de los objetivos de dicha acción<sup>230</sup>.

Estamos, por tanto, ante una noción de retroalimentación negativa desarrollada desde un enfoque sistémico-cibernético de primera generación, que, en la medida en que subordina la complejidad a la simplicidad, la diferencia a la identidad, el cambio a la estabilidad, se relaciona, a su vez, con otra serie de conceptos que condicionarían en su origen esa idea de equilibrio estático de los sistemas. Así, las primeras configuraciones de la teoría de sistemas son deudoras del postulado de la estabilidad del “medio interno”

---

<sup>229</sup> Hay que recordar que, frente a la alternativa sistémico-cibernética, hacia 1948, el modelo formal de Claude Elwood Shannon intentaba ser un esquema del funcionamiento general de los procesos comunicativos basado en la sucesión lineal de sus elementos constitutivos: fuente, codificador o emisor, mensaje, canal, decodificador o receptor, y destino. De este modo, la linealidad quedaba marcada por el carácter de origen y final de los polos de ese proceso [Shannon y Weaver, 1981].

<sup>230</sup> En concreto, Wiener habla de «un método para controlar un sistema, reintroduciéndole los resultados de su desempeño pasado». El texto está sacado de Ceberio y Watzlawick, 1998: 49. Esa lucha contra la “entropía” como fuente de desorden biológico y social quedaría ya concretada en una publicación aparecida en 1948, cuyo título sería *Cibernética o el Control y Comunicación en Animales y Máquinas* [Wiener, 1985].

propuesto por Claude Bernard hacia 1865 [Bernard, 1976]. La idea de que el fin último de todos los seres vivos es el mantenimiento de la constancia del medio interno, esta idea directriz que imprime un fin concreto a los procesos vitales se concretó en otro concepto como el de “homeóstasis”. Acuñado por Walter Cannon en un artículo publicado en 1928, este concepto expresa los mecanismos de regulación autoregeneradora de ese medio interno. Dirigida a la conservación de los sistemas mediante un proceso de control de sus antagonismos configuradores, la homeostasis se sitúa, así, en el núcleo organizador de una compleja red de múltiples interacciones mantenidas constantemente en un equilibrio dinámico<sup>231</sup>. Aunque el propio Cannon justificó la elección del prefijo “homeo” para denotar semejanza o similitud, frente al significado de igualdad del prefijo “homo”, tratando, así, de dar al sufijo “estasis” un sentido relativo de condición, de proceso, más que de estado invariable, este concepto, congruente, como acabo de indicar, con la noción cibernética de retroalimentación negativa, parecía insuficiente a la hora de reflejar el auténtico juego de estabilidad-cambio que existe en los procesos que pretende describir. Watzlawick, siguiendo a Bateson, aclara que si las acciones correctoras de las desviaciones se ponen en movimiento por la diferencia, por lo que habrá de entenderse el cambio en función de la regularidad, y ésta en función del mismo cambio, el término “homeóstasis” no es el más adecuado «ya que revela un equilibrio estático, un estado más bien estacionario» [Ceberio y Watzlawick, 1998: 50]<sup>232</sup>. Haciendo corresponder la irreversibilidad a la disipación, es decir, al desorden, Prigogine sitúa el desarrollo de cada estructura en una permanente lucha contra el segundo principio termodinámico, de modo que «la producción de entropía contiene siempre dos elementos “dialécticos”: un elemento creador de desorden, pero también un elemento creador de orden. Y los dos están siempre ligados» [Prigogine, 1998: 48]. Para este investigador, la aparición simultánea del orden y del desorden significa, en definitiva, la coherencia del universo de no-equilibrio. Éste, como dominio de las bifurcaciones, las fluctuaciones y las soluciones múltiples, es, por tanto, la condición para la aparición de nuevos equilibrios.

Esto nos introduce en las nuevas propuestas conceptuales que surgieron, ya en los años sesenta, en pleno tránsito a una segunda cibernética. Para Watzlawick, es el concepto

---

<sup>231</sup> El artículo, aparecido en 1928 en *Physiological Reviews* (9:399-443), llevaba como título “Organization for Physiological Homeostasis”. Esta referencia ha sido extraída de una introducción al concepto de “Homeóstasis” publicada en línea por el fisiólogo Jesús R. Huertas en su web personal: <[www.ugr.es/~jhuertas/FH-FE/fh\\_homeostasis.html](http://www.ugr.es/~jhuertas/FH-FE/fh_homeostasis.html)>.

<sup>232</sup> En este sentido, el citado Jesús R. Huertas recoge las dudas que el concepto provocó en el propio Cannon. Éste llegó a admitir la inadecuación y provisionalidad del término debido a la idea de estabilidad monolítica que parecía transmitir.

de “morfogénesis”, acuñado por Maruyama en correspondencia con la noción de “homeodinámica” de Brand, el que mejor refleja ese doble juego entre estabilidad y cambio que determina todos los sistemas. Así, la distinción entre “morfogénesis” y “morfoestasis” permitirá a Maruyama abrir el abanico de las modalidades de los procesos de retroalimentación. Mientras la “morfoestasis” quedará referida a los mecanismos de “retroalimentación negativa”, o “neguentropía”, en el sentido del mantenimiento de la constancia del sistema, la “morfogénesis” aludirá, en forma de “retroalimentación positiva”, a las posibilidades de modificación del sistema mediante su capacidad de absorción reconstructiva de la entropía y la desviación. En lo que respecta a una teoría relacional-comunicacional del cambio social, esta distinción me parece muy importante puesto que ilustra la posibilidad de diferenciar, dentro de los “sistemas abiertos”, dos formas contrapuestas de comportamiento específico de los sistemas. Hablaríamos, por un lado, de aquellos sistemas cuya morfología y organización está expresamente adaptada para la neutralización homeostática de sus fallas y desviaciones. Por otro, de aquellos que, positivizando su recursividad constitutiva, poseen una estructura comunicacional tendente a la amplificación homeodinámica constante de sus parámetros de alteración y cambio. Aludo, pues, a dos formas de reacción sistémico-social a esos procesos de intensificación interactiva de la fluctuación concretado en el concepto de “cismogénesis”, adoptado por Gregory Bateson para describir los «procesos de diferenciación en las normas de comportamiento individual que resultan de la interacción acumulativa entre los individuos»<sup>233</sup>.

Watzlawick advierte, no obstante de los peligros derivados de una compartimentación rígida de ambas polaridades. Desde un punto de vista cibernético es imposible separar la estabilidad del cambio. Ambos son aspectos complementarios de un mismo proceso dinámico. De tal modo, no puede efectuarse un cambio si el sistema no posee un techo de estabilidad sobre él, y su vez la estabilidad descansa en los procesos de cambio que están por debajo» [Ceberio y Watzlawick, 1998: 51]. Operando una extrapolación hologramática desde el ámbito de la terapia familiar –éste es en el que se desenvuelve la especulación teórica de este autor- al de la evolución de una sociedad tomada como totalidad, es decir, como conjunto jerárquicamente ordenado subsistemas o subtotalidades estrechamente relacionadas, habremos, pues, de tener en cuenta los niveles de control de la

---

<sup>233</sup> Citado en Jutorán, 1994. Un término que, en definitiva, como también recoge Jutorán, sirve para explicar esos fenómenos que otros autores han denominado “procesos de reacción mutua”, “procesos mutuamente causales de desviación-amplificación”, “cadenas de retroalimentación positiva”, etc.



retroalimentación positiva por parte de ese orden superior de retroalimentación negativa que mantiene la estabilidad del sistema en su conjunto. Sólo mediante el análisis crítico del control del control, y no tanto del descontrol del sistema, podremos salir del juego homeostático de éste. Es así cómo podremos estar en condiciones de activar un auténtico cambio reconfigurador de los parámetros organizadores del sistema. Ello significa dar un paso más en la asunción del paradigma sistémico-cibernético. Ello entraña, fundamentalmente, romper la línea separadora que la primera cibernética establecía entre el observador y lo observado. Como ya adelanté, la “cibernética de segundo orden”, o la “cibernética de la cibernética”, tal y como ha sido definida por autores como von Foerster, supone el ingreso del observador en el sistema observado [von Foerster, 1996]. De esta manera, como hemos comprobado, la cibernética de primer orden centraba sus preocupaciones básicas en la conservación homeostática -por neguentropía- de los sistemas, y, por consiguiente, su aplicación se dirigía hacia la normalización mediante el reforzamiento de los determinismos y de los “imprintings” culturales. Por contra, la cibernética de la cibernética se encomendará, esencialmente, a la estimulación, de cara al cambio y el desarrollo del espíritu crítico de «la amplificación de los procesos de desviación de la energía y la inducción a la crisis, provocando desorden (entropía) en el sistema, con lo cual se generaba una reformulación de reglas que llevaban a instaurar un nuevo orden en su funcionamiento» [Ceberio y Watzlawick, 1998: 53].

Desde esta reintegración cibernética de los dos órdenes de recursión a los que remiten la retroalimentación negativa y positiva, el concepto de crisis adopta un nuevo sentido, puesto que a los niveles de incertidumbre que conlleva todo proceso de ruptura y discontinuidad con respecto al estado anterior del sistema se le añade el aspecto constructivo y regenerativo de la oportunidad. Como señala Herbert Brun, la definición de un problema y de las acciones conducentes a su resolución dependen, sobre todo, de la visión que los observadores tengan del sistema del que forman parte el problema detectado: «así es como un problema puede verse definido como una información de salida mal interpretada, o como una salida defectuosa de un circuito de salida defectuoso, o como una salida defectuosa por mal funcionamiento de un sistema por lo demás sin fallas, o como una salida correcta pero no deseada de un sistema sin fallas pero indeseable. Todas las definiciones, salvo la última, sugieren una acción correctiva; sólo la última definición sugiere un cambio y presenta, por tanto, un problema insoluble para cualquiera

opuesto al cambio»<sup>234</sup>. Por consiguiente, la noción de cambio que habremos de adoptar dependerá del tipo de involucración recursiva y autorreferencial que como observadores podamos experimentar como integrantes del mismo sistema. No planteo aquí una concepción funcionalista e instrumental del cambio socio-histórico. Como se va a ver, el sistema global informacional posee una enorme autosuficiencia homeostática. Los mecanismos de control de sus entradas y salidas funcionan a máximo rendimiento. Al rendimiento de las élites hegemónicas del Mercado y de sus indeseables -al menos desde la postura tomada en esta investigación- secuelas en el terreno de la identidad, el poder y el conocimiento. La urgencia del cambio que planteo en este trabajo, en la medida en que no se asienta sobre postulados metafísicos ni responde a la mera necesidad de reajuste de los desequilibrios internos del macro-sistema social informacional -de ello ya se encarga el propio sistema-, responde, ciertamente, a la plausibilidad de un proyecto de sociedad infinitamente constituyente, cuyos principios fundamentales estoy tratando de desarrollar.

Desde mi particular punto de vista, dos son las cuestiones que deben estar en el núcleo de la articulación teórica de la superación dialógica de nuestro actual sistema de supervivencia psíquica y material. De un lado, lo que respecta a la delimitación concreta de qué es lo que debemos entender por cambio socio-histórico desde esa idea de ruptura y discontinuidad que, frente al evolucionismo unilineal moderno, estoy derivando de la complementariedad entre una nueva racionalidad hermenéutica y una concepción sistémico-relacional de la realidad. La contraposición a la idea de movimiento -como mero reajuste homeostático y normalizador del orden social establecido- de la noción de cambio -como reconfiguración indefinida de los parámetros de funcionamiento del sistema-, me permitirá ir perfilando dos modelos de sociedad -constituida y constituyente, respectivamente- definidos por procesos distintos de conformación dinámica de la identidad, el poder y el conocimiento de la realidad. Como se advertirá también, ello atenderá a esquemas de comportamiento temporal bien diferenciados. De otro, en virtud del carácter esencialmente comunicacional que este enfoque otorga a la acción, lo referido al análisis de todos aquellos aspectos que determinan la pragmática de la comunicación humana en tanto condicionantes de los distintos niveles de integración y desviación social "trans-subjetiva". Ello es una oportunidad para seguir explorando las posibilidades de análisis autocomprensivo de las paradojas asociadas a las "proposiciones autorreferenciales" o "reflexivas" surgidas de la observación de un sistema del que se

---

<sup>234</sup> Citado en von Foerster, 1996: 187.

forma parte, a las que se vinculan conceptos clave como “autoorganización”, “autopoiesis” y “clausura operacional”. Metodológicamente, creo que es más apropiado comenzar por este último aspecto.

## **5.2. La dimensión comunicacional del cambio**

En este punto intentaré mostrar en qué sentido podemos concebir los distintos sistemas sociales desde la integración jerarquizada de modelos concretos de interacción comunicativa. Partiré, por tanto, de un concepto de sistema social como el producto resultante de los intercambios selectivos de información realizados por una pluralidad de sujetos hablantes de acuerdo con unas pautas de interacción contextualizadas. Esto conecta con la interrelación constructivista que von Foerster establece entre “observador” – considerado desde su capacidad de hacer descripciones de la realidad-, “lenguaje” como medio que conecta a varios observadores, y “sociedad” como producto del uso del lenguaje por parte de los observadores [von Foerster, 1996]. Congruente a su vez con el enfoque sistémico de autores como Niklas Luhmann, permitirá entender, primero, la comunicación como principio rector de los procesos de organización autopoiética de los sistemas sociales, segundo, los elementos del sistema como comunicaciones expresadas a través de decisiones selectivas encaminadas a acciones, y, tercero, el sentido como esa diferencia entre lo actualmente dado y lo posible, que, en el plano temporal, se materializa en la interpretación del presente con respecto a la distinción pasado-futuro [Luhmann, 1996]<sup>235</sup>. Por consiguiente, las posibilidades de modificación de los patrones de funcionamiento del sistema dentro de la estructura recursiva y autorreferencial que lo constituye dependerán fundamentalmente de los esquemas de selección comunicativa que se determinen al interior de su propio marco de referencias. Pero antes de este estudio de

---

<sup>235</sup> Ya hice alusión a esta definición fenomenológica de la temporalidad ligada al tema del sentido en referencia a Luhmann, 1992. Como se verá, esta noción de tiempo enlazará con el problema del cambio en el momento en que la pongamos en relación con las posibilidades de amplificación de la complejidad ligadas a la autorreferencia en la forma del sentido. Para ilustrar la importancia que el sentido tiene aquí como posibilidad, esto es, como posibilidad de cambio, Juan-Luis Pintos recoge la siguiente síntesis del enfoque sistémico de Luhmann: «la sociedad es una “relación de relaciones”: en vez de acciones, comunicaciones (la sociedad no está compuesta de hombres, sino de comunicaciones). Es el sistema de todas “las comunicaciones con sentido” posibles. Al renunciar a todo fundamento ontológico –el mundo no tiene base, y no hay un mundo sobre el mundo-, lo real es un conjunto de posibilidades y contingencias. Manejables mediante selecciones: cada selección funda, y abre el repertorio de nuevas posibilidades» [Pintos, 1995]. La referencia pertenece al artículo de Jesús Ibáñez *El papel del sujeto en la teoría*. Una introducción general a la Teoría de Sistemas de Luhmann y su aplicación a la organización de la Facultad de Medicina de la Universidad de la Frontera (Temuco) puede encontrarse en línea en el trabajo de Ester Fecci (Universidad Austral de Chile) *Intervención Sistémica en la facultad de medicina de la Universidad de la Frontera*. Tesis de Magister en comportamiento y desarrollo organizacional: [efecci.cl/publicaciones/tesis.htm](http://efecci.cl/publicaciones/tesis.htm).

las bases sistémicas de la organización de la interacción humana entendida en términos comunicacionales, parece conveniente delinear, aunque sea con brevedad, los aspectos esenciales que define la pragmática de la comunicación humana.

### **5.2.1. Principios de la pragmática de la comunicación humana**

Alex Mucchielli propone cuatro tipos fundamentales de paradigmas en la ciencia de la comunicación. De un lado, alude a dos modelos, el “estructural-expresivo” y el “formal-transaccional”, cuyos objetivos –el análisis de contenido como revelador de la estructura subyacente de la personalidad, de una parte, y el análisis de los aspectos formales externos, es decir, expresivos, transaccionales y rituales de la comunicación, de otra– remiten a una psicología de los procesos intrapsíquicos. En ese sentido, dichos paradigmas, en su faceta específicamente funcionalista, consideran la comunicación como un fenómeno reducido a la adquisición, procesamiento, tratamiento, transmisión y circulación de información. Acordes con el modelo de Lasswell, basado en el doble análisis de los efectos y los contenidos, con la corriente empírico-experimental de autores como De Fleur o Lazarsfeld, centrados en torno a los fines persuasivos de los mensajes, así como con el modelo comunicativo de la teoría de la información de Shannon y Weaver, ambos paradigmas «se centran en el punto de vista del observador, consideran la existencia de estados internos y de representaciones mentales que constituyen propiedades de los sujetos y de un mundo, predefinido y objetivamente dado [...] El análisis de la comunicación es, pues, una reconstrucción de sus intenciones y representaciones. Tanto el individuo como el observador pueden acceder directamente a dichas representaciones y estados. La comunicación se realiza para transformar el estado del mundo, bien se trate de representaciones o de relaciones. Es, pues, “estratégica”, en el sentido en que sirven a los intereses de los individuos hablantes» [Mucchielli, 1998: 70-71]<sup>236</sup>.

Por otra parte, el autor hace referencia a otros dos tipos de paradigmas comunicativos: el de “relación-sistémico” y el “fenomenológico-praxeológico”. Si bien uno y otro se diferencian en cuanto a sus objetos de estudio y metodologías fundamentales, representan en conjunto una nueva forma de entender el hecho comunicativo. La comunicación ya no es tanto concebida como mero proceso de transmisión y recepción de mensajes informativos, sino como un complejo espacio de relaciones intersubjetivas elaboradoras del sentido y de la identidad. En el primer caso, el objeto esencial de estudio es la primacía

---

<sup>236</sup> Para una aproximación general a la historia de la investigación de la comunicación de masas ver Mattelart, 1997 y Wolf, 1991.

de las relaciones sobre los elementos de esas relaciones en la modelación interactiva de un mundo compartido. En el segundo, el interés investigador se proyecta hacia la formación interpretativo-comprensiva del significado de la existencia y del mundo vivido. Metodológicamente, el “modelo de relación sistémico” tiende hacia el análisis sistémico-constructivista de las reglas del intercambio comunicativo en contextos de interacción determinados. El “fenomenológico-praxeológico” se esfuerza más, en cambio, por el estudio comprensivo y etnometodológico del modo en que los individuos toman conciencia de lo que son y dan sentido a sus acciones de manera intersubjetiva. Pero con independencia de la perspectiva más global que caracteriza al primero y del enfoque microsociológico que destaca en el segundo, pienso que en ambos convergen todos los aspectos que he venido definiendo en el intento de construcción de una nueva racionalidad histórico-narrativa-interpretativa, y, por tanto, dialógica, fenomenológica, relacional, compleja, fronteriza, etc. Lo primordial es, pues, que en estos dos modelos de análisis comunicacional, «el lenguaje, al igual que los comportamientos (pues se trata del conjunto que define la comunicación), participa en la definición de una perspectiva común en relación con el mundo (el sistema de pertinencia) que determina la composición de dicho mundo, las situaciones que hay que recordar, las posibles orientaciones de la futura interacción... La expresividad (en todas sus manifestaciones: lenguaje, comportamiento, interacciones...) forma parte de lo que podría llamarse “realidad”, que es algo siempre “emergente”, es decir, ligado al intercambio (todo lo que se dice y se hace “construye alguna cosa dentro de la red de intercambios)» [Mucchieli, 1998: 71-72].

En consecuencia, insisto en la necesidad de articular ambos enfoques dentro de lo que globalmente puede considerarse como un nuevo paradigma “sistémico-relacional-comunicacional” de base “fenomenológico-hermenéutica”. Para ello, me remontaré de nuevo a las contribuciones ya anticipadas de la “escuela de Palo Alto”, y, más en concreto, a la decisiva aportación que, en mi opinión, supone la ya citada *Teoría de la comunicación humana* [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997]. Los aspectos básicos de la comunicación humana que van a servir de base para el análisis de las posibilidades de cambio en el seno de los sistemas sociales quedan insertados, por tanto, en ese ámbito general en el que se desenvuelve actualmente el estudio del fenómeno lingüístico. Me refiero a ese paso –que ya ha sido adelantado con la alusión a los “juegos del lenguaje”, a la “teoría de los actos del habla” y a la “semiótica de la transdiscursividad”- de una “semiótica del signo” a una “semiótica del discurso”. Esto supone, ante todo, la superación de la inmanencia del análisis semiótico, o, dicho de otro modo, la ruptura de los límites de atribución de un

significado estable al significante. Como señala Rodrigo Alsina, el tránsito de la “semiótica del enunciado” a la “semiótica de la enunciación” representa la consideración de ésta como «la realización de un proceso comunicativo. Se trata de estudiar no sólo signos, ni tan siquiera discursos, sino los procesos de producción, de circulación y de consumo de la información» [Rodrigo Alsina, 1996: 24]. El “modelo semiótico-informacional”, frente al “modelo comunicativo de la teoría de la información” de Shannon y Weaver, había incidido en la intervención interpretativa aplicada sobre los mensajes en su referencia al código. Pero esta estimación del papel activo de la recepción impedía la valoración de la disimetría de los papeles de emisor y receptor más allá de la consideración del “feed-back” en tanto faceta relativa a la dirección en la transmisión de los mensajes. Este nuevo “modelo semiótico-textual” trasciende, sin embargo, dichos límites: «ya no son los “mensajes” los que son transferidos en el intercambio (lo que presupondría una posición de igualdad entre emisor y receptores), sino que es más bien la relación comunicativa la que se construye en torno a “conjuntos de prácticas textuales” [Wolf, 1991: 143]. Nos desenvolvemos, en consecuencia, en el plano de esa nueva “Pragmática” que «ha de dar cuenta del “sentido” (conjunto de informaciones que se transmiten a través o por medio de un mensaje producido en un momento y circunstancias concretas). El sentido engloba el *significado lingüístico*, *la información referencial* y *los valores pragmáticos* (elocutivo, implícito, figurado, argumentativo...)» [Gutiérrez Ordóñez, 1997: 11].

Considerando que, «según Laing, el ser no existe más que en función de las relaciones que mantiene con otros actores, desde el momento en que la “relación que existe entre los diferentes seres constituye la esencia del ser, de todos los seres”<sup>237</sup>, cinco son, en síntesis, las dimensiones principales de este enfoque pragmático de la comunicación humana:

1. El valor específicamente comunicativo de todo comportamiento humano. Partiendo de que todo lo que hace y no hace el ser humano constituye una conducta, y de que ésta siempre se realiza en algún contexto de interacción, siempre tendrá algún valor de mensaje y, por consiguiente de comunicación. La concepción de las relaciones humanas como un sistema comunicativo entraña la consecuente imposibilidad de no-comunicarse, incluso en aquellas situaciones en las que los sujetos no muestran esa intención y el proceso comunicativo no deriva en una comprensión mutua. La teoría de la “comunicación intercultural” es consecuente con esta premisa, como hemos visto. Esto, que otorga, a mi

---

<sup>237</sup> Citado en Mucchielli, 1998: 40.

entender, un papel muy importante, no sólo a lo que se dice, sino a lo que no se dice, es decir, no sólo a las emisiones, sino a las “omisiones” –las cuales también expresan algún tipo de intención con respecto a uno mismo y a lo demás-, nos permite entender, pues, las interacciones humanas como base esencial de toda experiencia en consonancia con la radical lingüisticidad del ser: «en síntesis, cabe postular un axioma metacomunicacional de la pragmática de la comunicación: *no es posible no comunicarse* [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 52].

2. El doble carácter referencial y relacional de la comunicación humana. La interacción comunicativa, en coherencia con el principio dialógico desarrollado en este trabajo, no sólo implica la transmisión, en forma de mensajes, de contenidos referidos a la realidad en función de una determinada pretensión de verdad. El “acto del habla” –lo acabo de repetir- supone, ante todo, la expresión de una intención determinada. Y ello exige tener siempre en cuenta que la comunicación conlleva algún aspecto metacomunicacional en tanto marca modelos de relación entre los interlocutores, introduciendo información acerca de la información, y poniendo siempre en juego la percepción del uno mismo y del otro. Como también se ha dicho, la interacción comunicativa articula relaciones de poder, lo que nos introduce en el tercer aspecto<sup>238</sup>. Todo ello señala, pues, hacia el carácter esencialmente multidimensional que posee la comunicación en tanto complejo entramado de los niveles auditivo-lingüístico, auditivo-paralingüístico, no auditivo-paralingüístico y contextual [Muchielli, 1998].

3. La puntuación de las secuencias comunicativas como determinante de la naturaleza de las relaciones humanas. También he aludido a ello en una ocasión anterior. El entramado de relaciones generadoras de sentido en contextos determinados está «poblado de intercambios de información que pautan conductas de respuesta/emisión en forma permanente» [Ceberio y Watzlawick, 1998: 54]. Esto significa que, más allá del esquema funcionalista basado en el encadenamiento simplificado de estímulos y respuestas, los sujetos involucrados en una secuencia comunicacional establecen ellos mismos unos patrones de intercambio que se materializan en la superposición de vínculos triádicos a modo de la sucesión estímulo-respuesta-refuerzo. Por tanto, el rol que cada uno desempeña en esas secuencias comunicacionales dependerá del modo en que ellos

---

<sup>238</sup> Obsérvese la identificación de la siguiente cita con lo dicho anteriormente sobre los requisitos metacomunicacionales de la “interculturalidad”: «la capacidad para metacomunicarse en forma adecuada constituye no sólo condición *sine qua non* de la comunicación eficaz, sino que también está íntimamente vinculada con el complejo problema concerniente a la percepción del self y del otro [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 55].

marquen relacionamente los límites de la iniciativa o la dependencia dentro de la misma. Esta recursividad infinita entre acción y reacción -que conecta de manera directa con el último axioma de la pragmática de la comunicación humana propuesto por estos autores-, a la vez que está condicionada culturalmente por los procedimientos de control del discurso que prevalezcan en una situación concreta, lo que remite al código predominante de valores de una sociedad, está en la base de la complementariedad que define toda relación de poder entre “sometido” y “sometedor”. Esto lo relacionaría con los mecanismos de evasión resultantes de la inseguridad del individuo aislado estudiados por el Erich Fromm de *El miedo a la libertad*. Este autor trató de mostrarnos cómo la insoportable conciencia de la muerte y de la individualidad del yo encuentra respuesta en el autoritarismo –incluyamos el democrático-, la destructividad y el conformismo automático. Búsquedas inadecuadas, en resumidas cuentas, de ese suplemento exterior que el yo necesita ante su incapacidad para integrarse dialógicamente con el mundo y con el otro. Ese reforzamiento mutuo de las relaciones de autoridad-sometimiento, que explican psico-socialmente el tipo de puntuación de las secuencias comunicacionales a las que tienden las sociedades humanas, hemos de entenderlo, pues, desde una dependencia recíproca. El líder o el señor necesitan tanto del adepto o del siervo como éstos de aquéllos [Fromm, 1986].

Del mismo modo, este aspecto está en la raíz de los conflictos humanos a partir del reforzamiento mutuo de las posturas encontradas al que puede conducir. Ello se expresa en la pretensión por parte de los participantes de la fijación de un comienzo en la secuencia comunicacional mediante la puntuación unilateral arbitraria. Las escaladas de violencia que han presidido históricamente las relaciones entre los países responden a los procesos de retroalimentación negativa que consolidan las situaciones de confrontación. Por desgracia, la dialéctica Occidente-Oriente que define el caótico panorama de las relaciones internacionales actuales representa, desde el abandono de la vía dialógica de la diplomacia, un buen ejemplo de esa superposición de vínculos triádicos a la que hace referencia este principio comunicacional. Así pues, sería necesario analizar cómo la reproducción progresiva del conflicto se basa en esa respectiva atribución al otro de la provocación y la agresión, a la vez que, en función de la misma, uno se adjudica el derecho a la respuesta violenta. Ya veremos el papel que esto juega en la elaboración estratégica occidental del mito de la “amenaza necesaria”. Pero tan sólo me gustaría destacar que es en este plano concreto de la puntuación secuencial comunicativa donde opera de forma más clara el fenómeno de la “profecía autocumplidora” con el que se



resuelven, de forma habitual, las relaciones humanas ajenas a los beneficios del diálogo: «se trata de una conducta que provoca en los demás la reacción frente a la cual esa conducta sería una reacción apropiada» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1998: 96].

4. La doble naturaleza digital y analógica de la comunicación. La complementariedad entre las dimensiones referencial y relacional enlaza con esta premisa: «cabe suponer que el aspecto relativo al contenido se transmite en forma digital, mientras el aspecto relativo a la relación es de naturaleza predominantemente analógica [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 65]. Estos dos modelos básicos de comunicación se corresponden con los propios mecanismos de funcionamiento del sistema nervioso central y del sistema humoral, respectivamente. Mientras el primero actúa a través de la transmisión de información digital binaria, el segundo se basa en la liberación de cantidades positivas discretas de sustancias concretas en el torrente circulatorio. Esta complementariedad intraorgánica, a la vez que se refleja en los instrumentos de comunicación fabricados por el hombre, responde, en definitiva, a la integración dialógica de dos formas necesarias de relación e interacción comunicativa. La digital rige la comunicación verbal, esto es, la realizada mediante la palabra en virtud de su identificación arbitraria con las cosas. A la vez que permite compartir información sobre los objetos, establece la continuidad temporal inherente a la transmisión de saberes. Su propia conformación sintáctico-lógica se adecua al desarrollo de las capacidades analíticas y aritméticas del conocimiento. Por el contrario, la comunicación analógica -enraizada en periodos más arcaicos de la evolución humana-, en función de su carácter primario, responde a una relación con la realidad basada en la semejanza autoexplicativa y el símil. Englobando el espacio lingüístico de la comunicación verbal, y, por tanto, de la “proxémica”, constituye el dominio de la relación y del contexto. Dentro del bucle recursivo entre computación y pensamiento, si la comunicación digital opera mediante la disociación, la selección, el rechazo-exclusión-oposición, la distinción analítica, la delimitación y la distribución, la explicación, en una palabra, la comunicación analógica, gobierna el universo cognitivo de la comprensión, relacionando, coordinando, sintetizando, identificando, asociando, aportando sentido, en suma. Esta relación de complementariedad entre lo digital y lo analógico, esta dialógica continua entre simplificación y complejidad, se identifica, en definitiva, con la propia tensión dialógica que antes describí entre el conocimiento racional y el pensamiento mítico-simbólico. Ello implica la necesidad de una traducción constante del uno al otro dentro de un marco de equilibrio. Repitémoslo una vez más: «la racionalidad verdadera no reprime a la analogía, se alimenta de ella al mismo tiempo que la controla. Puede haber

desarreglos en el ir y venir analógico-lógico; el exceso analógico y la atrofia lógica conducen al delirio; pero la hipertrofia analógica y la atrofia lógica conducen a la esterilidad del pensamiento» [Morin, 1994: 154-155]. En consecuencia, el análisis del fenómeno comunicativo en el nuevo contexto de la “sociedad de la información” y de las posibilidades de transgresión de sus diagramas normalizadores no debe perder de vista esa integración entre la sintaxis lógica de lo digital y la semántica de lo analógico configuradora de esa “unitex multiplex” que es el hombre.

5. La cualidad simétrica o complementaria de la interacción comunicativa. Como he señalado, este axioma de la pragmática de la comunicación humana es consecuencia directa de la puntuación de la secuencia de hechos. En correspondencia con los dos tipos de “cismogénesis” descritos por Gregory Bateson, constituyen los dos patrones básicos del comportamiento comunicacional. La “interacción simétrica” representa una relación basada en la igualdad y en la diferencia mínima entre los sujetos implicados. Supone, por tanto, el reforzamiento recursivo de dos actitudes semejantes entre los mismos, con independencia de su naturaleza positiva o negativa, constructiva o destructiva. Es ahí donde encajan las escaladas de violencia en la política internacional y, en general, en todos los órdenes de las relaciones sociales intersubjetivas. Por otra parte, la “interacción complementaria” se caracteriza por la retroalimentación negativa homeostática de actitudes que presuponen la del otro. Parte, pues, de la desigualdad y de la diferencia. Afecta, en síntesis, a todas las relaciones de poder esquematizadas en torno a la oposición dominador-sometido. Para incidir en la naturaleza relacional y recursiva de estos dos modelos de relación, Watzlawick, Bavelas y Jackson establecen un símil con el concepto matemático de función al ser «las posiciones de los individuos meras variables con una infinidad de valores posibles, cuyo significado no es absoluto sino que surge sólo en la relación recíproca» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 71]. Pienso que, holográficamente, estas interacciones son localizables a distintas escalas de observación del “macro-sistema social”, dentro de la tensión global-local que la caracteriza. Sería necesario, pues, tratar de discernir los niveles de transmisión autorreproductiva del “centro” a la “periferia”, y de ésta a “aquél”, de estos estilos conductuales que marcan de manera isomórfica las interacciones experimentadas en todos los ámbitos de la vida: familiar, educativo, económico, político, etc. Dicho de otro modo, será conveniente tener en cuenta en todo momento el carácter diferencial de las interacciones analizadas. Como señala Alex Mucchielli en referencia a J. Haley, «el individuo (o el elemento del sistema) situado en posición “alta” dirige y controla la responsabilidad de la interacción, mientras

que el que está situado en la posición “baja” se ajusta y responde a las iniciativas del otro» [Mucchielli, 1998: 41]<sup>239</sup>.

Sobre este esquema básico de las interacciones simétrica y complementaria se han definido otros modelos de interacción, los cuales pueden representar un instrumento útil en la investigación de los intercambios comunicativos realizados en contextos diversos. Estando en la base de la construcción dinámica de la identidad, estos modelos apuntan, en general, hacia la convalidación o invalidación de los participantes en función del estímulo que representan para la afirmación o negación de su modo de ser. Como señala Mucchielli, apoyándose tanto en las aportaciones de la fenomenología social de Laing como en las de la “escuela de Palo Alto”, podemos, por tanto, hablar de interacciones de “tangencialización”, de “descalificación” y de “mistificación”. La primera consiste en «una respuesta a una pregunta a la que no se responde en absoluto, sino que baraja los diferentes elementos de la pregunta para poder elegir uno» [Mucchielli, 1998: 99]; es decir, produciendo un efecto de frustración en quien realiza la primera declaración, la respuesta tan sólo repara en un aspecto accesorio de la referida declaración. En la interacción de “descalificación”, la respuesta es fruto de la transformación de la pregunta por parte de la persona o elemento del sistema que responde, de modo que se limita a expresar sus propios deseos e intereses al margen de las condiciones reales del contexto comunicativo. Finalmente, una interacción de “mistificación” «constituye una respuesta a una propuesta que le hace creer a quien ha hecho esta última propuesta que ha dicho cosas que, en realidad, no ha dicho» [Mucchielli, 1998: 100]. Lo importante en todos los casos es que la interacción juega un papel decisivo en el modo en que son definidos los elementos que entran en la relación. Su capacidad de coacción y limitación de la identidad estriba, por tanto, no en el hecho de que se transmita a alguien cómo ha de ser, sino en que la misma interacción presupone que se es de una determinada manera desde el momento en que se pone en marcha. Creo que este fenómeno, sobre todo observado en el terreno de la terapia familiar, debe ser objeto de una oportuna evaluación en el espacio más amplio de la comunicación de masas. Ello permitirá analizar desde una nueva luz la forma en que los

---

<sup>239</sup> En apoyo del estudio de la simetría o complementariedad de las interacciones, Sluzki y Beavin han ofrecido una tipología general basada en relaciones comunicativas como las que siguen: 1. Dar/recibir instrucciones. 2. Interrogar/responder. 3. Afirmary/acordar. 4. Construir un enunciado referencial/construir un enunciado referencial. 5. Acordar/acordar. 6. Dar instrucciones/responder por medio de otras instrucciones, etc. [Mucchielli, 1998].

discursos informativos limitan las posibilidades de respuesta pública a partir de las reglas de comunicación que implícitamente ponen en juego<sup>240</sup>.

Para terminar, propongo, en coherencia con los objetivos del doble proyecto sistémico y hermenéutico que estoy desarrollando, otro tipo de esquema interaccional no basado en la igualdad, entendida como identidad, ni en la diferencia, entendida como dominación. Me refiero a un modelo interaccional que permitiese escapar del plano de la auto-regeneración homeostática, espacializadora y atemporalizadora al que tienden a situarse los anteriores. Se trataría de un patrón interaccional adecuado a una auténtica comunicación intercultural. Si aludimos al aspecto sincrónico-dialógico del “entre-ambos” –insisto en su antropologización-, tendríamos que hablar, ciertamente, de una “interacción dialógica” emplazada. Pero, esa perspectiva dialógica sólo puede estar inscrita en el marco de una temporalidad positiva y productiva volcada hacia el cambio cualitativo, es decir, hacia la superación morfogenética de los modos de funcionamiento de los sistemas de los que se parte. Por tanto, incluyendo también la idea dianoética del “desde-hacia”, y sin olvidar la realidad cotidiana y política de los modelos anteriores, pienso que las relaciones humanas –dentro de todos los niveles que puedan ser considerados en el gran holograma que representa la “sociedad de la información”- podrían basarse en lo que yo llamaría una “interacción dialógico-dianoética”. Como auténtico espacio de la mediación “trans-subjetiva”, ello favorecería la resistencia efectiva al orden de control y limitación de la individualidad que los patrones conductuales anteriores comportan. Estudiemos, pues, las posibilidades que en este sentido pueda conllevar la comprensión de la sistémica de la interacción humana.

---

<sup>240</sup> Me remito al citado Muchielli, 1998 para encontrar ejemplos ilustrativos de los modelos de interacción definidos. En cuanto a la elaboración condicionada de las normas de la relación, este trabajo también recoge las aportaciones de K. Lewis en torno al concepto de “comunicación implícita”. Este autor propuso un modelo para definir los procedimientos de determinación relacional de la comunicación entre el líder y los subordinados. Así, describió tres roles específicos como el de animador “democrático”, animador “autocrático” y animador “permisivo”. El primero centra su estrategia de control del grupo en la explicación a éste de los objetivos finales perseguidos, en el estímulo a su autoorganización, y en la atribución de una tarea colectiva y cooperante. El animador “permisivo” señala la tarea final prevista, pero, en la práctica, actúa al margen de la acción y el compromiso colectivo. Finalmente, el animador “autocrático” «esconde el objetivo final del trabajo (no muestra la maqueta final), decide él solo la atribución de las tareas que distribuye, le dicta a cada uno lo que ha de hacer, paso a paso, sin darle una visión de conjunto de la tarea, ni explicarle cómo se inscribe en el trabajo global, y se dirige individualmente a los miembros del grupo sin usar nunca el “nosotros” colectivo. Sólo comunica órdenes, gratificaciones o reprimendas y no participa en la realización de la maqueta» [Muchielli, 1998: 92-93]. Me parece obvio que es este tercer modelo de liderazgo el que sigue prevaleciendo, más allá de la vacía retórica democrática, en muchos contextos cotidianos de interacción como el educativo y el político. Por ello, me parece primordial la preparación de una metodología deconstruccionista que permita desentrañar el auténtico sentido de las interacciones comúnmente establecidas en nombre de un “nosotros” tan irreal como sugestivo.

### 5.2.2. La configuración sistémica de la interacción social

Una vez que hemos definido la interacción humana como sistema, el paso siguiente será la consideración de éste como diferencia entre el propio sistema y su entorno o medio [Luhmann, 1996]. Hall y Fagen entienden por “medio” «el conjunto de todos los objetos cuyos atributos al cambiar afectan al sistema y también aquellos objetos cuyos atributos son modificados por la conducta del sistema»<sup>241</sup>. El primer problema que resulta de esta nueva definición consiste en determinar los límites de esa “exterioridad” que representa el medio con respecto al sistema. Como ha mostrado Luhmann, en la misma medida en que el entorno es particular y externo a cada sistema, éste constituye el entorno de los demás. Por tanto, el límite entre un sistema y su entorno o medio se corresponderá con el modelo operacional concreto de sus elementos. Dicha diferencia forma parte, pues, de la misma regulación del sistema [Luhmann, 1998]<sup>242</sup>. La reiteración temporal de un tipo específico de operaciones permite, así, la constitución del sistema, más allá del mero acontecimiento, y dentro de los enlaces subsecuentes con las operaciones anteriores que ello conlleva. Es ahí donde hay que situar los conceptos de “autopoiesis” como proceso de reproducción de las operaciones propias del sistema, y de “autorreferencia” como la capacidad de dichas operaciones para establecer los enlaces subsecuentes de sus elementos, antes citados [Luhmann, 1996]<sup>243</sup>. Sin embargo, esta identificación entre producción y producto, entre “ser” y “proceso”, que determina la unidad del sistema, en la misma medida en que remite a la idea de emplazamiento como limitación del campo de percepción de la propia experiencia, no termina de resolver la dificultad que entraña la distinción entre el sistema y su medio: «en cierto sentido, un sistema junto con su medio constituye el universo de todas las cosas de interés de un contexto dado» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 118]. Tratándose de una cuestión de punto de vista y de escala de observación, cualquier sistema puede ser subdividido a su vez en subsistemas, con lo que, como se ha indicado más arriba, los objetos de un sistema podrán entenderse como constitutivos del medio de

---

<sup>241</sup> Citado en Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 118.

<sup>242</sup> Citado en el trabajo de Ester Fecci antes mencionado.

<sup>243</sup> En realidad, Luhmann toma estos conceptos, junto a otros como el de “clausura operacional”, de los trabajos desarrollados por los biólogos Humberto Maturana y Francisco Varela. Como sinónimo de “auto-reproducción”, estos adoptan el término “autopoiesis” para definir los seres vivos a partir de su organización como una red cerrada de producciones moleculares, de tal modo que estas moléculas así producidas generan la misma red que las producen, especificando, así, su extensión al conformar sus fronteras en su dominio de existencia [Maturana y Varela, 1995]. Para una rápida aproximación a las aportaciones de Maturana al desarrollo de las ciencias de la complejidad y de la teoría psicológica consultar algunos trabajos realizados por el director del Instituto de Terapia Cognitiva de Santiago de Chile [Ruiz, 1997; 2003].

otro sistema. Precisamente, en ello residen las posibilidades de aplicación de este aparato conceptual a los diversos terrenos de las ciencias naturales y sociales<sup>244</sup>.

Esto configura la base de una “teoría de los subsistemas abiertos jerárquicamente ordenados”. Desde ella se podrá concebir la “sociedad de la información”, en su múltiple y flexible estructura reticular, como una gran totalidad integradora de subtotalidades relativamente independientes a distintas escalas. La “sociedad-red”, como intrincado entramado de relaciones recursivas y holográficas, quedará así definida como un proceso de organización informacional de la complejidad y del caos. Ello permitirá discernir un nivel superior concreto de estabilización a partir del aprovechamiento homeostático de las diferencias generadas -morfogenética y cismogenéticamente- en sus distintos niveles inferiores. Intento defender, de esta forma, que, considerado globalmente el sistema, sus efectos de orden y de estabilidad ocultan el propio desorden del que se nutre aquél; y, de la misma manera, que, atendiendo a una escala de observación inferior, las resistencias anti-normalizadoras que los definen impiden apreciar el poder de atracción auto-regeneradora que el sistema global ejerce sobre las mismas. El problema del cambio se sitúa, así, en la perspectiva de las relaciones horizontales y verticales que establecen los sujetos con otros individuos y otros sistemas, en virtud de la superposición holográfica y recursiva de los distintos subsistemas de los que puedan formar parte. Ello justifica, en mi opinión, la utilización complementaria, en el marco de la nueva ciencia social, de dos tipos de escala de observación auto-comprensiva. Por un lado, la que, a nivel “macro-sociológico”, corresponde al estudio de la “complejidad organizada” favorecido por el propio planteamiento sistémico. Por otro, la que, a nivel “micro-sociológico”, se identifica con el análisis de la “simplicidad desorganizada” del que hacen uso las nuevas sociologías e historiografías interpretativas de base fenomenológica, organizadas en torno al nuevo “movimiento intersubjetivo”.

Dicha complementariedad metodológica me parece decisiva en la exploración crítica de las posibilidades reales de transgresión de la estructura de funcionamiento del sistema. Pero la consecución de dicho objetivo, consideradas en general las propiedades que definen los sistemas abiertos, requiere, ante todo, una comprensión de los factores que determinan la estabilidad de los sistemas de interacción en su dinámica actual. Para ello,

---

<sup>244</sup> “El carácter evasivo y flexible de este concepto de sistema-medio o sistema-subsistema explica en considerable medida la eficacia de la teoría de los sistemas generales para estudiar los sistemas vivos (orgánicos), ya sea biológicos, psicológicos o interaccionales, como sucede aquí» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 119].

quizá sea conveniente valorar algunos conceptos propuestos por Humberto Maturana como los de “determinismo estructural”, “acoplamiento estructural” y “clausura organizacional”. Para Maturana, los cambios que puedan experimentar los sistemas autopoieticos están determinados por su propia estructura. Ésta está constituida por los componentes actuales del sistema y las relaciones que deben satisfacer para participar en la constitución del mismo. Por consiguiente, en tanto la estructura se desenvuelve cambiantemente sobre el fondo invariable de la “organización”, todo lo que ocurra en ella estará siempre determinado por la propia configuración del sistema. Es decir, lo externo al sistema sólo puede estimular cambios estructurales determinados en éste mismo. Cuando, como observadores, percibimos la incidencia de algo sobre el sistema, ese algo no es la causa del cambio, sino el desencadenante dentro del sistema del cambio estructural ya determinado en su propia configuración [Ruiz, 2003]. Esto último es posible precisamente por la estructura plástica que presentan los sistemas, o sea, su capacidad de acomodación a la del medio. El concepto de “acoplamiento estructural” define, pues, la dinámica que favorece que sistema y medio, aunque determinados en sus propias estructuras, se modifiquen dentro de un determinado nivel de concordancia de sus respectivas actitudes. Como resume Sara Jutorán, dentro de los variados dominios de acoplamiento estructural, los sistemas cambian juntos en sus interacciones recurrentes, conservando su coherencia operacional como consecuencia de su plasticidad estructural. Esto explica que, aunque los seres vivos, en tanto autopoieticos, se cierran a la información –en eso consiste la “clausura operacional”-, están sujetos al cambio de sus patrones de funcionamiento de acuerdo con las contingencias de sus interacciones, y ello porque su estructura plástica cambia de manera contingente al curso de esas interacciones [Jutorán, 1994].

Ya me he referido a la adopción por parte de Niklas Luhmann de la noción de “clausura operacional” proveniente de la obra de Maturana y Varela. Este concepto, ligado al carácter autorreferencial de los sistemas autopoieticos, describe el proceso a partir del cual las operaciones propias del sistema se hacen recursivamente posibles gracias a los resultados de las mismas operaciones propias del sistema [Luhmann, 1996]. El “cierre organizacional” está directamente relacionado con el mantenimiento de la integridad del sistema, una vez definida su unidad desde un patrón interaccional concreto. Atañe, pues, a la “línea de fondo” de la permanencia de lo vivo, a la autonomía de los sistemas en la medida en que su supervivencia, crecimiento o amenaza se encuentra siempre bajo las propias leyes de su quehacer [Ruiz, 2003]. Me parece que esta distinción entre el plano de la permanencia de la “organización” y el plano de la modificación dinámica de la

“estructura” del sistema puede ser muy útil en el desarrollo de una teoría relacional-comunicacional de las sociedades humanas. Mauro Ceruti señala, en coherencia con esto, hacia la imposibilidad de percibir un cambio sin una invariante que haga posible dicha percepción [Ceruti, 1998]<sup>245</sup>. A mi entender, este “metanivel inviolado” sobre el que podrá efectuarse el cambio, no como necesidad, sino como posibilidad, se corresponderá siempre con el telón de fondo de la coexistencia social, con la premisa de la asociación humana como base fundamental de la satisfacción de las necesidades materiales, psíquicas y simbólicas del hombre. Estando también en juego el problema de la identidad, dialógica y narrativamente hablando, la percepción y proyección del cambio requiere de los mecanismos necesarios para la articulación de la experiencia de la continuidad del sí-mismo. Pero esta experiencia sólo es asumible en su propio devenir temporal, en su continuo irse haciendo. Desde el compromiso con un proyecto concreto de sociedad, habremos de encontrar, pues, los mecanismos desde los que activar el cambio en radical discontinuidad con las estructuras presentes del sistema. Ha de ser posible, en todo momento, el trastocamiento del modelo de interacciones que prevalezcan en un momento dado en el mismo.

Como se deduce del estudio de Watzlawick, Bavelas y Jackson, el estudio de las condiciones actuales de estabilidad de los sistemas abiertos es el mejor camino metodológico para la selección de las variables conducentes a la modificación dinámica de su estructura. La repetición de ciertas secuencias comunicativas en el tiempo, que es lo que define el grado de estabilidad de los sistemas, va unida, pues, a la importancia que los participantes conceden a dichas relaciones. El carácter duradero, la persistencia de determinados patrones conductuales en contextos concretos obedecerá, por tanto, a una serie de factores entre los que destacan la motivación, la satisfacción de necesidades, y, en general, aspectos diversos de índole socio-cultural. Pienso que cualquier análisis crítico sobre la “sociedad de la información” exigirá el examen del modo en que estos distintos factores se articulan constituyendo lo que sistémicamente se define como “atractor fijo”, es decir, la condición que tiende a hacer confluir las variables del sistema hacia una región determinada del espacio de estados que éste constituye. En medio del caos aparente, a mi

---

<sup>245</sup> Considerando la aplicación de este enfoque desde los niveles perceptivos singulares hasta los conceptos más abstractos de génesis y estructura, y apoyándose en Douglas R. Hofstadter, argumenta lo siguiente: «la coherencia de nuestra imagen del mundo, compuesta de niveles y jerarquías, está garantizada de tanto en tanto por la presencia de un “metanivel inviolado” que se asume como fondo, como invariante sobre la cual se destacan niveles y objetos “violados”, es decir, sometidos a un juego de cambio y a menudo de extravagante entrecruzamiento» [Ceruti, 1998: 52].



entender, es posible detectar determinadas pautas predominantes que permiten “prever” de algún modo el estado final al que el movimiento es atraído dentro de una sucesión finita de un número finito de ciclos de interrelación<sup>246</sup>. El atractor actuaría, pues, en el ámbito social, como manifestación del carácter estático de los parámetros fijos del sistema, esto es, los que corresponden a los patrones interaccionales prevalencientes en una época histórica concreta, frente a sus variables dinámicas representadas por las posiciones relativas, por los emplazamientos cambiantes de sus elementos en términos de acceso al “tener”, al “poder” y al “conocer”. Temporalmente, ello equivaldría, como se comprobará, con la inscripción del nivel lógico inferior de la sucesión lineal de los acontecimientos en un nivel superior circular de recurrencia y repetición. Dicho de otro modo, con la indiferenciación interpretativa del presente con respecto al pasado y el futuro<sup>247</sup>. En esta dirección altamente desfuturizadora de nuestra sociedad actual, la fascinación que ejercen las falsas promesas del discurso hegemónico consumista, junto con la función consoladora ejercida por los argumentos míticos en que se apoya, juega, desde mi punto de vista un papel fundamental en ese proceso de control homeostático de las diferencias, y de reproducción sistemática de los mecanismos de exclusión y clasificación en que se basa.

Como vengo estimando desde el principio de este trabajo, los cambios socio-históricos operados en el seno de la nueva “sociedad de la información” apuntan hacia la neutralización del cambio futuro, hacia la repetición cíclica y ahistórica de las interacciones sociales dominantes. Ello, porque, constituyendo un modelo de integración de subsistemas abiertos, tiende a la uniformidad de intercambios entre los mismos. La

---

<sup>246</sup> Soy consciente de los peligros semánticos que conlleva cualquier uso metafórico en el terreno sociológico e historiográfico de términos propios de las ciencias lógico-matemáticas y naturales. Sin embargo, a favor de la transdisciplinariedad que aquí defiendo, pienso que vale la pena correr ese riesgo. Consultemos, pues, el “glosario caótico” de Rafael Mandressi, contenido en la enciclopedia científica uruguaya en línea *Henciclopedia*. Con “espacio de estados” o “espacio de fases” aludimos al espacio matemático conformado por las variables que describen un sistema dinámico. Los distintos puntos de ese espacio de fases representan un estado posible del sistema. La evolución en el tiempo del sistema tiene su representación gráfica en una trayectoria en el espacio de las fases. Por otro lado, matemáticamente, el “atractor” es la región del espacio de las fases de los sistemas disipativos hacia la que convergen las trayectorias que parten de una determinada región, denominada cuenca del atractor. Los atractores “predecibles”, de estructura simple, son el punto y el ciclo límite, que atienden a comportamientos periódicos, representados gráficamente, pues, por curvas cerradas [Mandressi, 2003].

<sup>247</sup> Sería necesario determinar qué tipo de óptica debemos adoptar en el estudio de la circularidad. En el seno de la terapia familiar, extrapolable, según yo creo, al ámbito general de la sociedad, Ceberio y Watzlawick proponen tres perspectivas: «desde la sincronización operativa de las interacciones presentes, o sea, la recursividad desarrollada en el aquí y ahora. Desde los isomorfismos de situaciones que se producen en forma recurrente a lo largo del tiempo. Interceptando ambas posiciones: la interacción del proceso presente, que puede ser repetitivo de situaciones relacionales, vividas en otro momento de la historia de la persona» [Ceberio y Watzlawick, 1998: 61]. Cámbiese “persona” por “sociedad” y, quizá, sea esta última la que más conviene a una teoría relacional-comunicacional del cambio social en su perspectiva histórica.

“sociedad de la información” tiende cada vez a un indeseable, en mi opinión, estado de equilibrio, con la dificultades que ello conlleva a la hora de proyectar en futuro nuevas configuraciones, nuevas formas de organización de la interacción social. Como diría Prigogine al referirse a las estructuras disipativas, los sistemas están constituidos por multitud de subunidades en interacción y «se hallan abiertos a un flujo de material y energía. La no linealidad de los mecanismos de interacción, en determinadas condiciones, da lugar a la formación espontánea de estructuras coherentes» [Prigogine, 1983: 262]. Pienso que el problema reside en las dificultades presentes para salir de la “coherencia” alcanzada, para resistir a ese nuevo “orden por fluctuaciones”. Quizá, la mejor imagen que describe la situación a la que apunto sea la que el mismo Prigogine nos da en alusión a los sistemas en estado cercano de equilibrio. En éstos, «el sistema se desplaza hacia el estado de mínima energía libre, hecho que garantiza la estabilidad del estado. Cualquier pequeña fluctuación queda contrarrestada por una respuesta del sistema que la hace regresar al estado de mínima energía» [Prigogine, 1983: 263].

Pero, para entender el camino del caos al orden que define esta sociedad, parece aconsejable ir a las explicaciones específicamente interaccionales, antes de recurrir al análisis de esos otros factores que conforman el núcleo simbólico-ideológico de dichas interacciones: «así daremos una respuesta que es descriptiva más que explicativa, esto es, relacionada con *cómo*, y no por qué, opera el sistema interaccional» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 126-127]. Recogeré de manera sucinta aquellos factores intrínsecos al proceso de la comunicación que, bajo mi óptica personal, deben presidir la investigación actual del funcionamiento y los efectos de los “mass-media”, sobre todo, desde esa fundamental naturaleza anti-mediadora que han descrito autores como Jean Baudrillard<sup>248</sup>. Primeramente habría que aludir a los efectos limitadores del proceso comunicativo: «en una secuencia comunicacional, todo intercambio de mensaje disminuye el número de movimientos posibles» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 127-128]. Eso significa que el contexto, aunque sea restrictivo en mayor o menor grado, siempre determina hasta un punto importante las contingencias. Pero ello no sólo se refiere a los aspectos institucionales o socio-culturales que definen a los interlocutores: «los mensajes manifiestos intercambiados se vuelven parte del contexto interpersonal particular y ejercen limitaciones sobre la interacción posterior» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 128].

---

<sup>248</sup> Para un acercamiento a esta perspectiva de Baudrillard denunciadora de la falta de reciprocidad de los medios de comunicación social puede verse la polémica entablada entre este autor y Hans Magnus Enzensberger, recogida en Mattelart, 1997: 68-69.

Es decir, en el plano de las interrelaciones simétricas o complementarias que puedan establecerse desde el inicio de una secuencia comunicativa determinada, cada polo de la relación se ve progresivamente condicionado por las selecciones o movimientos efectuados anteriormente. Esto se concreta en lo que desde un punto de vista sistémico se llama “oscilación”, el vínculo complejo, insostenible, aunque, en apariencia, indeclinable, entre los participantes en la interacción.

Junto a este factor de “limitación comunicativa” hay que considerar también lo que estos autores denominan “reglas de relación”. La actitud propia de los comunicantes es la de tratar de precisar en todo momento la naturaleza de su relación. En la misma medida, cada uno de ellos responde siempre de acuerdo con su propia visión de dicha relación, lo que entrañará la confirmación, rechazo o modificación del otro. Por tanto, la estabilización, es decir, la viabilidad de esa relación comunicativa, sólo es posible mediante un reconocimiento recíproco de los roles representados por los sujetos implicados. De lo contrario, la irresolución de las fluctuaciones que se puedan producir en ese sentido llevaría a una disolución del contacto. En resumen, este concepto, acuñado por Jackson, sugiere la tendencia a la estabilización de la definición de las relaciones comunicativas por parte de aquellos participantes dispuestos al mantenimiento de las mismas: «se trata de una formulación de las redundancias observadas en el nivel relacional, incluso con respecto a una gama variada de áreas de contenido. Esta regla puede aplicarse a la simetría o la complementariedad, a una puntuación particular (tal como la del chivo emisario), la impenetrabilidad interpersonal recíproca o algún otro de los múltiples aspectos de la relación» [Watzlawick, Bavelas y Jackson, 1997: 129].

Es evidente que estos aspectos específicos de la comunicación, siempre que los relacionemos con los procedimientos de control del discurso antes estudiados, constituyen la base comunicacional de la consolidación de las identidades, relaciones de poder y formas de conocimiento de nuestra sociedad. Ante todo, suponen una seria restricción de las conductas posibles, una fuerte reducción autoorganizadora de la contingencia y de la diferencia. Lo que enlazaría con esa complementariedad disimétrica que ha definido históricamente la relación entre emisor y receptor en la organización de los medios de comunicación de masas. De acuerdo con el “modelo semiótico-textual” antes referido, Mauro Wolf indica que de esta “asimetría” «se deriva la diversa cualidad de las competencias comunicativas de emisores y receptores (saber hacer frente a saber reconocer) y la articulación diferenciada (entre emisores y receptores) de los criterios de pertinencia y de significatividad de los textos de los mass media» [Wolf, 1991: 143-144].

De esta última diferenciación surge la distinción entre “cultura gramaticalizada” y “cultura textualizada”. Si la primera pertenece al orden de la tradicionalmente considerada “cultura culta”, es decir, la basada en ciertas reglas de producción reconocidas en el ámbito de la comunidad discursiva que la sostiene, la segunda alude a esa nueva cultura de la comunicación social «en donde son las prácticas textuales las que se imponen, se difunden y se constituyen como moldeos, filones, géneros» [Wolf, 1991: 145]. La consecuencia fundamental de todo esto es que, el papel activo del receptor, en tanto la comprensión se basa en las acumulaciones de discursos ya recibidos, y en la valoración de la eficacia interpretativa de esquemas ya establecidos, se ve de algún modo limitado en favor de la consolidación de ciertos esquemas socio-culturales. Como señala F. Jacques, «el emisor anticipa la comprensión del receptor. Elige la forma del mensaje que sea aceptable para el destinatario y al hacerlo [...] resulta que la codificación se ve influenciada por las condiciones de la descodificación. La misma información se transforma por el hecho de ser intercambiada»<sup>249</sup>. En consecuencia, la investigación social comprometida con el cambio habrá de estar muy atenta a las resistencias que los medios, por su propia constitución, imponen a la posibilidad de la expresión de las diferencias. Pero, para profundizar en este terreno, para estar en condiciones de proponer estrategias más dinamizadoras del intercambio comunicacional, es necesario formular una definición adecuada de cambio.

### **5.3. La diferenciación teórico-metodológica de las nociones de «movimiento» y «cambio»**

Considero que, en el seno del globalismo informacional, la cuestión del cambio se afronta desde la “ilusión del cambio”. En realidad, la creciente intensificación del flujo de acontecimientos e informaciones, la variabilidad en aumento de los parámetros individuales del sistema es directamente proporcional a la estabilización del marco estructural de las relaciones entre esas variables dinámicas. La propia imposibilidad de seguir concibiendo el presente como instancia transitoria entre un pasado y un futuro realmente diferenciados –en ello consiste la crisis de la idea de progreso- tiene, pues, su reflejo en que lo percibido como cambio no es más que la mera intensificación del movimiento. En eso reside una de las grandes paradojas de nuestro tiempo presente. La

---

<sup>249</sup> Citado en Wolf, 1991: 147.

“ralentización” paulatina del proceso histórico universal corre paralela a la ilusión de la aceleración historia. Abel Jeanniére hizo hincapié en esta perspectiva argumentando que «la aceleración de la historia será en lo sucesivo objeto de creencia bastante común. Más evocada que analizada, lleva consigo una sutil enfermedad, ligada a la convicción de que todos los fenómenos observables se desarrollarán en lo sucesivo a velocidades siempre crecientes. En un caso límite, si esta impresión correspondiese a la realidad, el cambio tendría lugar en todos los instantes y ésta sería la única velocidad de evolución que haría imposible toda orientación» [Jeanniére, 1979: 134]. El autor concluye con la idea de que las sociedades modernas son víctimas de una “patología” del tiempo que produce un estrechamiento progresivo del horizonte temporal del hombre en la misma medida en que la historia presume acelerar. Esto se traduce en una desvalorización del pasado como referencia para la acción presente: «el valor que en otro tiempo se otorgó a la experiencia se atribuye hoy a la posibilidad de manejar efectivamente una enorme cantidad de información» [Jeanniére, 1979: 136-137].

Honorat Aguessy, en su aproximación crítica a la noción de “patología del tiempo”, y cuestionando el supuesto “presentismo” atribuido a las sociedades post-industrializadas, propone para las mismas una perspectiva tecnocrática del tiempo. En ella, *“la aceleración del tiempo es tal que el futuro condiciona si es que no determina el presente”* [Aguessy, 1979: 113]. De esta manera, convirtiendo el futuro programado como el referente fundamental de la temporalidad post-industrial, se sitúa en el plano de una patente “desfuturización” tecnológica. Para ello, se sirve de la alusión a la obra de Alain Touraine. Éste define a las sociedades post-industriales como “tecnocráticas” y “programadas”. Como sinónimos de “cambio rápido”, dichos calificativos sirven para caracterizar estas sociedades desde el predominio de lo adquirido sobre lo transmitido, en función de la importancia concedida a la predicción racionalizadora, programadora y anticipadora del futuro en el presente [Touraine, 1973]. Según este punto de vista, el cambio histórico adopta un sentido estrictamente acumulativo, que enlaza con la concepción evolutiva de la historia derivada de la idea moderna del progreso unilineal. Así, el cambio se entiende como transformación continua resultante del incremento progresivo de la velocidad del tiempo histórico. Este principio de la transformación de la cantidad en calidad conlleva dos consecuencias. Por un lado, no presupone los principios sistémicos antes descritos. No entiende de rupturas y discontinuidades. Desestima la singularidad específica de cada época histórica, por cuanto la aparición de la novedad se concibe como ya inscrita y

predeterminada en lo precedente. Por otro, y como consecuencia de ello, se produce una confusión básica entre los conceptos de “cambio” y “movimiento”.

En la línea ya apuntada con anterioridad, Robert Nisbet propone un replanteamiento radicalmente diferente de ambos conceptos. Desde la sociología histórica, aporta los criterios que, en su opinión, deben inspirar la construcción de una teoría del cambio aplicable empíricamente. En su artículo *El problema del cambio social*, Nisbet define el cambio como «sucesión de diferencias en el tiempo en una identidad persistente» [Nisbet, 1993: 12]. Ello le lleva a diferenciar el propio concepto de cambio de la noción de movimiento, entendiendo éste como interacción, movilidad y diversidad social, dentro de una identidad espacio-temporal no alterada sustancialmente. La primera conclusión a la que llega este autor es que, si bien, todo lo que tiene que ver con el movimiento –formas de interacción como la coerción, la conformidad, la competencia, el intercambio y el conflicto; movilidad en la rutina diaria; o diversidad y variedad en la adopción de posiciones sociales- es constitutivo necesario de la realidad social, lo que atañe al cambio no se presenta como constante universal<sup>250</sup>. Nos sugiere, por consiguiente, la posibilidad de una historia “inmóvil” ya que, como indica Aróstegui, «es posible una historia sin cambios porque siempre existe el movimiento, el movimiento recurrente o estacionario» [Aróstegui, 1995: 178].

Del mismo modo, para Nisbet, es necesario distinguir entre acontecimiento como simple emanación o suceder en la normalidad del presente del sistema, y acontecimiento como impacto o intrusión exterior al sistema social. Es en este segundo tipo de acontecimientos donde se deberán rastrear las posibilidades “reales” de cambio. Por tanto, propone un marco conceptual que intente dar cuenta de manera eficaz de la verdadera naturaleza del cambio social. El autor se sitúa en tres niveles de análisis del fenómeno. Tras insistir en la tendencia de toda sociedad a la permanencia autoconservadora –“nivel de la persistencia”-, acude a dos categorías de cambio extraídas directamente de la obra del antropólogo Radcliffe-Brown: “reajuste” y “cambio de tipo”<sup>251</sup>. En el primer caso, se trata de todos esos cambios no sustanciales que tienen que ver con el movimiento social. La acumulación de acontecimientos interiores al sistema sólo afecta a éste a modo de

<sup>250</sup> En referencia a esta noción de movimiento precisa: «pero nada de todo esto supone cambio; no necesariamente. La interacción y el movimiento son constantes y universales. La vida social de cualquier clase es simplemente inconcebible sin acciones e interacciones que se sucedan incesantemente. Pero igualmente evidente es que, si observamos con rigor alguna estructura o rasgo determinado, alguna ‘identidad persistente’ en el tiempo, el cambio no es constante y universal» [Nisbet, 1993: 16].

<sup>251</sup> En concreto, se refiere a “*A Natural Science of Society*”. Citado en Nisbet, 1993.

recomposición sustitutiva del lugar que ocupan sus elementos. Lo importante en este caso es que la interacción y movilidad sociales inciden en una redistribución permanente de la posición que ocupan los sujetos respecto a la totalidad del sistema. Pero ello no significa una modificación significativa de la naturaleza específica de las relaciones. Ante un “reajuste” sustitutivo de los elementos, la estructura social responde a un proceso de autorreproducción de la misma, siendo compatible la diversidad potencial de dichos elementos con la permanencia de un sistema cerrado y limitador de las posibilidades de relación. Por el contrario, el “cambio de tipo” responde a un proceso de cambio diferente. La irrupción traumática de un acontecimiento exterior a las estructuras que penetra sí puede, aunque no necesariamente, provocar una transformación cualitativa global del sistema<sup>252</sup>. Este tipo de acontecimientos sí supone el estallido de crisis que podrían devenir en el cambio de un sistema de relaciones sociales por otro. Las crisis producidas por este tipo de acontecimientos se manifiestan como gran conflicto o colisión de sistemas de ideas alternativos. Y, en tanto adoptasen un carácter definitivo, significarían el triunfo de un nuevo marco de conductas e interacciones sociales.

El planteamiento de Nisbet se traduce en una oposición abierta contra las visiones evolucionistas y direccionales de la tradición occidental positivista, funcionalista-estructural y marxista. Es congruente, por consiguiente, con la doble perspectiva sistémica y fenomenológico-hermenéutica desde la que definiendo una experiencia del cambio en forma de discontinuidades y rupturas. Como él mismo destaca, esos esquemas cristalizados en torno a la idea moderna de progreso, que remiten a la tradición greco-romana de la identificación entre cambio social y crecimiento orgánico, y que pasa por un estadio sacralizado con el providencialismo agustiniano, se basan en los supuestos del cambio inmanente y la causalidad uniforme. Pero éste no es el camino válido para la exploración científica del cambio social, ya que no responde al análisis empírico de la realidad. Los conceptos de dirección progresiva lineal positivista y marxista, y cíclica historicista, presuponen el error de convertir el cambio en un proceso genético en virtud

---

<sup>252</sup> No obstante, el autor advierte: «admitiendo que en algún momento dado se está produciendo cierto tipo de cambio en alguna parte –muy especialmente en una civilización y en un siglo como los nuestros-, de ello no se deduce que todas y cada una de las partes del orden social se encuentren en un proceso constante de cambio: ni siquiera en nuestra relativamente dinámica civilización occidental; menos aún en otras civilizaciones durante otros siglos» [Nisbet, 1993: 17]. Aunque el aparato conceptual de base con el que Nisbet aborda el problema del cambio puede arrojar alguna luz al modo en que estoy tratando la cuestión, creo que aquí el autor se desliga de las premisas fundamentales. Considerando sistémicamente la sociedad global informacional, en virtud del principio de totalidad, cualquier modificación en una de sus partes provocaría un cambio en las restantes y en todo el sistema. Otra cosa es considerar la naturaleza y el alcance de ese cambio recursivo.

del cual el presente es generado de manera necesaria por la acumulación de reajustes y modificaciones pertenecientes al pasado. La idea de la conexión causal entre unos hechos y otros en su sucesión temporal constituye una mera ilusión cronológica que no revela nada sobre cómo opera realmente el cambio social. Ante esta perspectiva, Nisbet responde con la propuesta de una teoría del cambio que ponga el acento en el carácter inesperado y casual de la irrupción de aquellos acontecimientos que, desde la indeterminación, afectan a las estructuras cambiantes [Nisbet, 1993]<sup>253</sup>. Visto así, el cambio no resulta deducible de la propia estructura social. Aunque, en conformidad con la noción de “determinismo estructural” de Maturana, sí hemos de sostener que el cambio sólo es posible desde las condiciones específicas del sistema. Asumo, así, la idea del cambio como actualización de virtualidades pre-configuradas en el momento precedente del sistema; pre-configuradas en esas condiciones concretas que espontáneamente pueden dar lugar a nuevas configuraciones sociales. Desde el cuestionamiento de la supuesta capacidad de predicción y anticipación del futuro de la que se habían revestido las corrientes sociológicas e historiográficas basadas en la idea de progreso, será conveniente hacer una valoración crítica del significado de esta teoría del cambio desde una nueva experiencia temporal que haga un uso positivo y proyectivo de las categorías postmodernistas de la variación y de la repetición de las diferencias [Deleuze, 1988].

Pienso que, en principio, el enfoque de una total indeterminación de las combinaciones posibles de un número ilimitado de elementos podría remitir a los continuos “reajustes” que tienen lugar al interior del sistema social, esto es, a su constante recomposición homeodinámica a través del ininterrumpido desplazamiento relativo de dichos elementos. Esto conectaría, por tanto, con ese nivel de persistencia y de autorreproducción con el que he comenzado a definir la nueva lógica temporal de la “sociedad de la información”. Por otra parte, lo que respecta al cambio como “cambio de tipo”, sólo sería pensable desde el efecto indeterminado de factores que operarían a modo de virtualidades generadoras de transformaciones cualitativas sólo reconocidas en su misma realización. Descarto, de inicio, cualquier tipo de explicación causal conectada a la sucesión unilineal percibida cronológicamente. Sin embargo, la adopción de una perspectiva del cambio como “cambio de tipo” se hace problemática en el marco de una temporalidad referida a la absoluta repetición de las diferencias. En la medida en que no se

---

<sup>253</sup> No parece ser necesario recordar que una obra como la ya examinada *La estructura de las revoluciones científicas* [Kuhn, 1984] es considerada por Nisbet como un máximo exponente de la aplicación en la historia de la ciencia de esta noción del cambio basada en la ruptura y la discontinuidad.



entiende desde la existencia de una identidad objetiva persistente que esté sujeta, como tal, a una evolución temporal comprensible, el cambio deja de ser indicio de la continuidad. Aquí, el cambio supone ruptura, sucesión indeterminada de planos cualitativamente diferentes de interacción de los elementos sociales no captables en su fijación como objetos, sino sólo identificables en su relación “cambiante” con respecto a los demás. Bien; pero, como he indicado, esta reconfiguración continua del conjunto, debido al desplazamiento permanente de sus elementos no implica necesariamente “cambio de tipo”. El pensamiento postmoderno puede tender a convertir el cambio en mero “reajuste” al confundirlo con el movimiento, aunque desde presupuestos distintos a los de la modernidad. Desde el postmodernismo, la repetición “circular” del movimiento puede llevar a la imposibilidad de concebir el cambio como verdadero salto cualitativo. La ininterumpida sucesión variable de las diferencias puede, de hecho, plantearse en términos de un cierre estructural estabilizador de las condiciones de esa sucesión ambigua. La perturbación sistémica y la multidireccionalidad que constituyen esta nueva temporalidad impiden, de algún modo, la inteligibilidad de la secuencia. Si no es posible distinguir una secuenciación de formas socio-históricas distintas que, con sus condiciones específicas de variación indeterminada, pervivan en el tiempo, no es posible la captación del cambio, con independencia de que éste no se conciba en un sentido genético-evolutivo, sino tan sólo en el de una discontinuidad no previsible.

Aceptando que todo cambio se mide con respecto a la duración, en el caso postmodernista, la novedad no se adecuaría a un nuevo modo de presencia de una preexistencia; significaría “emergencia” de algo radicalmente distinto a sí mismo. Pero, por eso mismo, para poder precisar la línea de fractura que, interrumpiendo y reorientando el proceso histórico, permita atribuir un sentido específico a las nuevas condiciones surgidas, es necesario admitir la perdurabilidad relativa de lo que “desaparece” a posteriori. Recuérdese la necesidad de un “metanivel inviolado, antes referida. Lo contrario comportaría una limitación histórica concreta del número y modo de relación entre los elementos que forman parte del sistema en tanto contexto sometido a un “reajuste” constante. Se precisa, pues, un nuevo pensamiento capaz de habilitar el auténtico sentido infinitamente constituyente de una historia plural y multidireccional, en la que la responsabilidad del cambio recaiga sobre proyectos humanos concretos siempre redefinibles. En definitiva, la dificultad del pensamiento postmodernista para aprehender el cambio como “cambio de tipo” enlaza, pues, con su tendencia a la relativización absoluta del ser. Desde esa total indeterminación, el cambio no es proyectable, ni tan

siquiera desde un futuro presente abierto y plural. Comprobaremos que la “atemporalidad” postmodernista tiende a concebir el tiempo en un sentido espacial que alude a las distancias entre el aquí y el allá. La positividad absoluta de la categoría de la variación puede devenir en una negatividad temporal absoluta de nuevo cuño. Pero, si las ciencias sociales pretenden la existencia del cambio, es preciso establecer algún tipo de diferenciación del presente con respecto al pasado y el futuro, aunque ésta sea plural, no-prefijada y esté pendiente de una continua redefinición sistémica. Es decir, la indeterminación de las posibles diferencias entre el pasado y el futuro no me parece incompatible con una perspectiva multidimensional de la conciencia social del cambio. La supervivencia de una actitud histórica ante el tiempo que sustituya la “Historia” unitaria, universal y absoluta por la pluralidad de historias debe pasar por una relativización metodológica de la categoría de la variación. Si partimos de que sólo cambia aquello que permanece de alguna manera igual a sí mismo dentro de una unidad espacial, habrá de aceptarse cierta positivización temporal que establezca, de forma siempre abierta y provisional, reconstrucciones simbólicas de la diferencia entre el pasado y el futuro. Asumiendo la complejidad estructural interior a cada sistema, será pertinente marcar claras delimitaciones temporales en referencia a la identidad que persiste y sobrevive al propio cambio.

El resto de mi trabajo será un intento de comprobar, de forma recursiva, la plausibilidad de este planteamiento ante las condiciones impuestas por la “sociedad de la información”, siempre desde la óptica de las identidades, relaciones de poder y modelos de conocimiento que se ponen en juego. Como se deduce de lo anterior, el análisis del cambio pasa por el modo en que éste se integra en esa gran síntesis simbólica que es el tiempo. Ello me obliga a realizar previamente una aproximación al problema histórico de la temporalidad, lo cual será la oportunidad para la propuesta de un nuevo modelo concretado en la noción de “complejo temporal informacional”. Desde ahí será factible, a su vez, la acomodación de los presupuestos teóricos desarrollados en esta parte de mi investigación al estudio de las condiciones de posibilidad del cambio en el seno de la “sociedad de la información”. Pero, antes de proceder en las líneas marcadas, me gustaría completar este punto obteniendo una serie de conclusiones acerca del problema del cambio:

1. La modulación singular histórica de una determinada comprensión del presente desde sus diferencias con respecto al pasado y el futuro –esto es fenomenológica y hermenéuticamente el tiempo- no se identifica absolutamente con el cambio. Luhmann

señala que es necesario evitar la confusión entre, de un lado, movimiento, proceso o cambio, y, de otro, la elaboración cultural de la temporalidad como dimensión generalizada de la realidad dotada de significado [Luhmann, 1992]. De esto se deduce algo que ya he mencionado. El cuestionamiento de la idea de que el “cambio de tipo” sea atributo inherente a lo social [Nisbet, 1993]<sup>254</sup>. Las ciencias sociales, en general, y la historiografía, en particular, no ha de resistirse a la identificación empírica de procesos de estabilización de los patrones de interacción social en el tiempo, si ellos “realmente” se producen, aunque vaya en contra de su posible vocación emancipadora. La detección de niveles de persistencia en los sistemas sociales no sólo no debe ser obstáculo para la configuración de proyecciones futurizadoras abiertas y no causalmente determinadas, sino que representará la base sobre la que proyectar una auténtica actitud transformadora y revolucionaria, y por tanto constituyente, de lo existente. La localización histórica actual de auténticos niveles de persistencia definidos por el cierre estructural de las condiciones del movimiento debe ser, en mi opinión, el punto de arranque crítico para la elaboración de nuevos programas de resistencia adecuados a esos condicionamientos.

2. Hay que resolver el problema resultante de la propuesta por parte de Nisbet de la imposibilidad de la deducción del cambio de la propia estructura social. Como se ha señalado, para Nisbet el “cambio de tipo” sólo es consecuencia del impacto imprevisible de factores externos a la entidad social cambiante. Ello es requisito imprescindible para toda teoría del cambio basada en una observación empírica de la realidad. Esto sólo sería abordable, en sentido estricto, en lo que respecta a las transformaciones cualitativas operadas en ámbitos o esferas sociales concretas incluidas en unidades espacio-temporales más amplias. Es decir, al nivel de los subsistemas que conforman el sistema global. Nisbet admite que su propuesta teórica sólo es efectivamente aplicable desde un enfoque sociológico local, pero no desde el punto de vista de una teoría unificada y universal de la sociedad humana que es en la que se ha situado la historiografía desde su nacimiento<sup>255</sup>.

---

<sup>254</sup> En este sentido, Nisbet cita textos como el de Leonard Meyer en el que se indica: «no se puede sostener el presupuesto de que el desarrollo sociocultural sea una condición necesaria de la existencia humana. La historia de China hasta el siglo XIX, el estancamiento del antiguo Egipto y la falta de cambio acumulativo en otras muchas civilizaciones y culturas evidencian que *la estabilidad y la conservación, y no el cambio, han sido generalmente la regla en la humanidad*. Una vez reconocido esto, las teorías que postulan ciclos, desarrollos, dialécticas o progresiones necesarios se vuelven sospechosas» [Nisbet, 1993: 21-22]. Por tanto, para Nisbet, la perspectiva acumulativa, continuista y direccional del cambio pertenece al orden ideológico, y no al de la observación empírica de la realidad.

<sup>255</sup> Nisbet señala que «si la “estructura” es suficientemente extensa –igual, por así decirlo, a la totalidad de la civilización humana-, no puede haber posibilidad de equivocarse, aunque la “explicación” que se ofrezca sea, por su naturaleza, tan abstracta como para que resulte inútil a la ciencia social empírica. Pero cuando los

Hemos visto que el acoplamiento estructural resultante de la dinámica entre los distintos sistemas y su medio puede ser la base de una reconfiguración dinámica de los patrones de interacción en los que participan. Desde ese punto de vista, pienso que podríamos entender el cambio general del “macro-sistema” planetario a partir del resultado del propio dinamismo interno entre los distintos subsistemas que lo conforman. El cambio de tipo a escala global vendría determinado por los nuevos efectos de sentido, por las nuevas posibilidades de selección que podrían suponer la modificación cualitativa de las estrategias comunicacionales entre los distintos subsistemas. Disipativamente, las alteraciones proyectadas desde determinados niveles del sistema podría activar, en mi opinión, una recomposición sustancial de ese sistema global informacional, más allá del mero “reajuste”. Estimo, pues, que la ciencia social integrada transdisciplinarmente, debiendo asumir la indeterminación y la discontinuidad del cambio, así como la distinción entre “nivel de persistencia” homeostático, “reajuste” homeodinámico y “cambio de tipo” morfogénico, no debe renunciar al análisis global que permita una comprensión crítica de las condiciones generales desde las que se han de pensar los cambios. Las incitaciones de un presente actual marcado por la intensificación creciente de la interacción a distancia convierten el planeta en referencia inevitable de todo análisis social. Ahora bien, el sentido de esa globalidad ha de asentarse sobre un nuevo principio de inteligibilidad del objeto social. Requiere un nuevo aparato conceptual que permita orientar la forma de llegar – desde la asunción de nuevos presupuestos- a esa comprensión crítica de lo global como tensión permanente y nunca definitivamente resuelta de las diferencias socio-culturales, políticas y económicas.

3. No debemos olvidar que, al fin y al cabo, el enfoque sistémico-cibernético, admitiendo la posibilidad del cambio, tiende hacia la producción de equilibrio y permanencia. En ese sentido, tras su rostro presuntamente revolucionario, se esconden principios legitimadores de las nuevas formas de dominación vinculadas a la morfología

---

teóricos de la sociología moderna que comparten esta opinión –y aquí incluyo a la mayoría de los funcionalistas estructurales, así como a los teóricos de los sistemas sociales – hablan de *las fuentes de cambio dentro de la estructura social*, en lo que piensan es en una estructura tan pequeña y concreta como una fábrica determinada, un sindicato obrero, la familia, el grupo étnico, la clase social o la ciudad. Y es aquí donde se equivocan desastrosamente» [Nisbet, 1993: 23-24]. Más adelante, se verá que las nuevas corrientes historiográficas de la “microhistoria” y la “nueva historia cultural” comparten ese sentido postmoderno de fragmentación del análisis de lo social. Por tanto, esa nueva historiografía, en su encuentro interdisciplinar con los nuevos movimientos sociológicos intersubjetivos, tiende a enfoques locales y particulares de sus objetos de estudio renunciando a perspectivas globales de análisis. Como ya he indicado, esto aconseja una revisión crítica que rehabilite el sentido de la globalidad desde los nuevos presupuestos teóricos sistémico-cibernéticos, en complementariedad con ese prisma “microscópico” fenomenológico.

reticular de la “sociedad de la información”. No perdamos, por tanto, de vista la dimensión ideológica que también encierra. En su aspecto integrador, constituye una adecuada orientación en el marco de una sociedad donde las nociones estáticas estructurales -esto es, las que hacen primar la autonomía relativa de los elementos con respecto a las relaciones de las que participan- no permiten la realización de distinciones coherentes con la experiencia. Pero, en su aspecto legitimador, allá donde también operan las ocultaciones y las deformaciones, apunta hacia la conservación de los intereses hegemónicos. El propio origen metafórico de su aparato conceptual, surgido del terreno biológico y fisiológico del estudio de la vida, parece señalar, a mi entender, hacia ese prejuicio funcionalista que identifica orden con salud y desviación con enfermedad. En esta línea de análisis crítico, Santiago López Petit identifica el supuesto carácter revolucionario de nociones como la de “estructuras disipativas” de Ilya Prigogine con el referente teórico de una nueva forma de dominación y control sociales. Para él, la idea de fluctuación, que podría ser fundamento de una concepción más compleja del devenir, a pesar de centrarse en la polaridad adaptación-innovación, no pone en peligro la hegemonía del “perseverar en el ser”, no destruye el marco general de la estabilidad que subyace en toda la teoría general de los sistemas. Así, en alusión directa al pensamiento crítico del premio Nobel de Química de 1977, argumenta: «la nueva ciencia escaparía a la dualidad Mismo/Otro ya que podría pensar el Otro sin reducirlo a lo Mismo. Aunque hay elementos que apuntan en esta dirección en lo que podría ser su ontología implícita, en realidad, es dudoso que el discurso complejo de Prigogine admita efectivamente la diferencia, el Otro, si no es *para ponerlo en seguida al servicio* del Mismo» [López Petit, 1993: 105]. Por consiguiente, para estar siempre dispuestos a la continua apertura y dinamización de nuestras relaciones hay que pasar por la necesaria respuesta a las incitaciones de estas nuevas elaboraciones teóricas. Así, este autor concluye su artículo diciendo: «y, a pesar de todo, este marco teórico exageradamente resumido que Prigogine contribuye a establecer, es el lugar donde estamos abocados si queremos seguir pensando la realidad. Por lo menos tenemos que intentar medirnos con él» [López Petit, 1993: 106].

4. Finalmente, esta distinción entre “movimiento” y “cambio de tipo”, a la que he aludido con ayuda de Robert Nisbet, ha de concretarse desde un punto de vista sistémico-cibernético en la diferenciación de todos modelos de cambio, que son concebidos por Watzlawick como “cambio de primer orden” y “cambio de segundo orden, de forma respectiva. Como explica el autor, «en lo que llamamos cambios de primer orden, los parámetros individuales varían de manera continua, pero la estructura del sistema no se

altera, puede mantenerse constante mientras se producen cambios cuantitativos» [Ceberio y Watzlawick, 1998: 40]. Se trata, pues, de un cambio cuantitativo y continuo marcado por la regulación de la estabilidad mediante homeóstasis. Predominando los mecanismos de retroalimentación negativa, el proceso autocorrectivo que ello supone se resuelve en la acción contrarrestadora de las desviaciones y fluctuaciones en el sentido contrario al cambio inicial que activó dicha retroalimentación. Este tipo de cambio será, más tarde, identificado con los diagramas homogeneizadores, y con los dispositivos de control informacional que detectaré bajo el discurso globalista de la sociedad post-industrial. Por otra parte, el cambio de segundo orden responde a la modificación cualitativa y discontinua del sistema. En este otro modelo de cambio, los procesos morfogenéticos que se ponen en marcha por retroalimentación positiva suponen la alteración sustancial de la estructura del sistema, es decir, de los patrones interaccionales que lo constituyen. Podemos identificar este concepto de cambio con la proyección de las líneas de fuga deleuzeanas y de las líneas de resistencia foucaultinas. Como añade el mismo Watzlawick, podemos entender que «una pequeña intervención en un circuito de interacciones que rompiese con el *más de lo mismo* (en términos cualitativos) podría provocar modificaciones significativas en los sistemas, generando así una nueva estructura de pensamiento y acción» [Ceberio y Watzlawick, 1998: 42].

Para mí, esta clase de intervenciones, desde el adecuado conocimiento del funcionamiento del paradigma informacional, debe responder a la implantación -como modelo conductual de base- de la “ley del diálogo”. Ya he insistido demasiado en ello. Pero me gustaría adelantar una cuestión que me parece muy relevante. No todas las acciones comunicacionales supuestamente contrarias al orden establecido han de producir los efectos que persiguen, sino que, por el contrario, pueden contribuir a fortalecer neguentrópicamente la estructura básica del sistema. Creo que sería conveniente analizar con seriedad el modo en que, en la práctica, la autorrepresentación mediática, así como las estrategias de acción, de ciertos movimientos sociales de resistencia apuntan hacia resultados muy distintos a los medios perseguidos. Partiendo de que el orden se nutre del desorden, de que el poder se alimenta de la disidencia, hay que examinar en rigor el tipo de “atractor” que realmente opera en esta continua tensión entre normalización y resistencia. Tomás Ibáñez habla en este sentido de la permanente creación del orden y del poder por parte de todos aquellos que lo cuestionamos. Para este autor, toda lucha contra el “Centro”, es decir, contra el Orden y contra el Poder, acarrea dos “efectos perversos”: «en primer lugar, esta contestación pretende introducir granos de arena en los engranajes

del sistema. Y eso es precisamente lo que necesita para poder funcionar y perfeccionarse. Atacándole le estamos ayudando. En segundo lugar, esa lucha proclama otro principio del Orden. Un principio que pretende ser diferente, antitético incluso, del actualmente existente, pero que no puede evitar reproducir su estructura profunda: ser un principio organizador, un proyecto de coerción» [Ibáñez, 1993: 91]. Desde esta perspectiva, para el autor no queda otra alternativa que una lucha contra el Orden “a la manera de Sísifo”. Se trataría, pues, de una estrategia de la resistencia cuya compensación no reside tanto en el cumplimiento de los objetivos que la empuja, como en la lucha misma. Me quedo, en fin, con esa imagen para continuar poniendo a prueba el proyecto dialógico-dianoético de esa sociedad infinitamente constituyente, cuyas posibilidades voy a seguir explorando en el resto de este estudio.

